



ENCUENTRO CON JESÚS EN LA EUCARISTÍA

Discípulos Llamados a Adorar

Una Carta Pastoral del
Obispo David L. Ricken, DD, JCL



Diocese of
Green Bay

Adorar a Jesús 2022–2025

LÍNEA DE TIEMPO

19 DE JUNIO DEL 2022

Fiesta del Corpus Christi: *Lanzamiento del Avivamiento Eucarístico de los años Adorar a Jesús.*

19 DE JUNIO DEL 2022 – 11 DE JUNIO DEL 2023

Años Diocesanos: : *Inspira un encuentro con Jesucristo en la Palabra y la Eucaristía para aquellos involucrados en posiciones claves de formación en nuestras parroquias y sistema educativo.*

11 DE JUNIO DEL 2023 – 17 DE JULIO DEL 2024

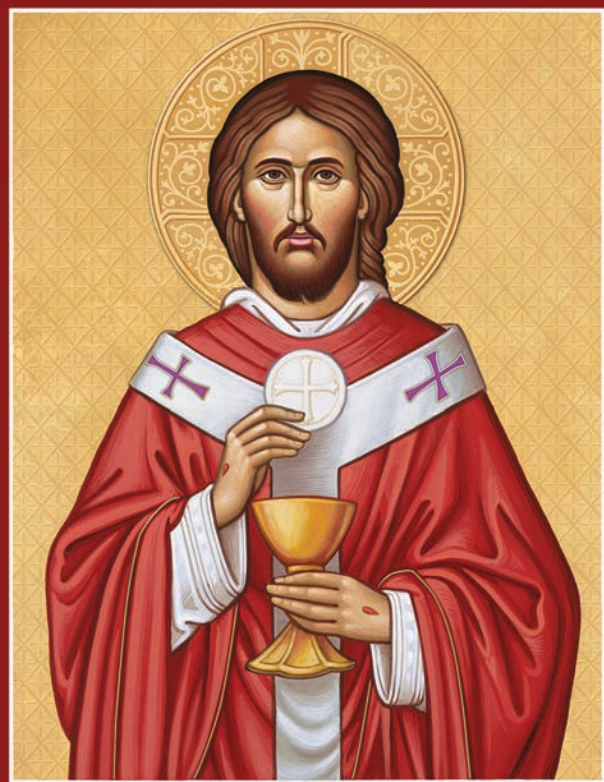
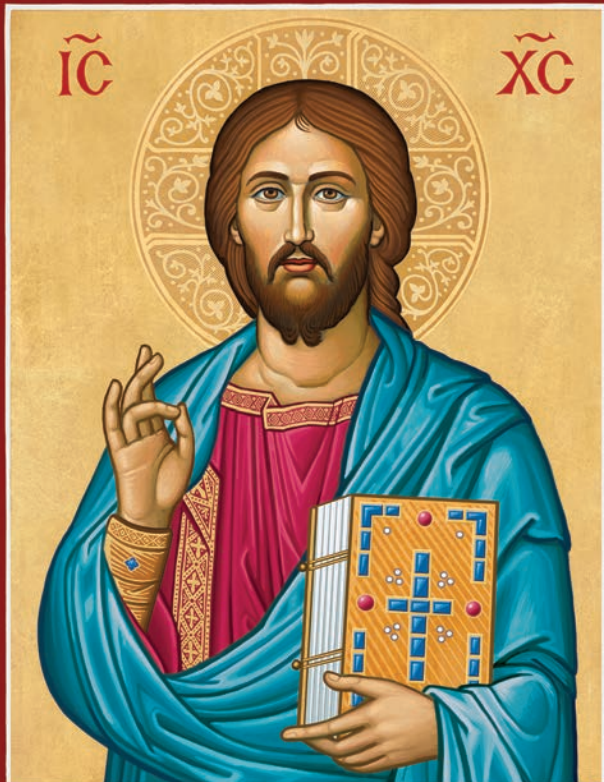
Años Parroquiales/Escolares: *Para equipar a los líderes claves de formación en nuestras parroquias y sistema educativo, estudiantes y personal escolar a tener un encuentro más pleno con Jesucristo en la Palabra.*

DEL 17 AL 21 DE JULIO DEL 2024

Congreso Eucarístico Nacional | Indianapolis, Indiana

CONGRESO EUCARÍSTICO 2025

Lanzamiento de compartir a Jesús: Equipar a los feligreses, estudiantes y personal escolar en nuestras parroquias y sistemas educativos a tener un encuentro más pleno con Jesucristo en la Eucaristía.



ENCUENTRO CON JESÚS EN LA EUCARISTÍA: Discípulos Llamados a Adorar

*Carta Pastoral a los Sacerdotes, Diáconos, Religiosos y Fieles Laicos
de la Diócesis de Green Bay*

Reverendísimo David L. Ricken, DD, JCL
Duodécimo Obispo de Green Bay



Fiesta de San Agustín, Obispo y Doctor de la Iglesia

Agosto 28, 2022

Tabla de Contenidos

Introducción.....	5
Parte I — Visión General de Nuestra Jornada de Discipulado Diocesano ...	7
• Descubre a Jesús Años (2016-2018)	
• Sigue a Jesús Años (2018-2020)	
• Adora a Jesús Años (2022-2025)	
• Comparte a Jesús Años (2025-2028)	
Parte II — Discípulos Llamados a Adorar	11
• La Importancia del Domingo	
• Encuentro con Cristo en el Santo Sacrificio de la Misa	
Parte III — Desbloqueando el Significado de la Misa.....	13
• El Sacrificio Pascual	
• El Cielo en la Tierra	
• El Mayor Acto de Gratitude	
• La “Escuela de Acción de Gracias”	
• El Sacramento de La Comunión y de La Caridad	
Parte IV — Visión General de la Estructura de la Misa	22
• La Estructura de la Misa	
• La Liturgia de la Palabra	
• La Liturgia de la Eucaristía	
• Una Cultura Parroquial Eucarística	
Parte V — Redescubriendo el Poder y la Belleza de la Misa.....	31
• Preparación para la Misa	
• Orando la Misa	
“Cinco Practicas Vivas” Para Vivir la Misa.....	34
Parte VI — Enviados Como Discípulos en Misión	40
• El Papel Inestimable del Espíritu Santo en la Sagrada Liturgia	
• María, Madre de la Eucaristía	
Recursos Recomendados	44

Introducción

Mis hermanos y hermanas, durante los últimos años, hemos estado en nuestra jornada diocesana de discipulado llamado “Discípulos en el Camino.”

Este proceso no es un programa, sino un verdadero peregrinar juntos para descubrir, seguir, adorar y compartir la ternura de Jesús y para crecer más profundamente en el amor con él a medida que da sentido y esperanza a nuestras vidas.

“Discípulos en el Camino” ha sido como cualquier peregrinar, físico o espiritual — lleno de alegrías, oraciones escuchadas, de luchas y dolor. Nos esforzamos por seguir los pasos del Maestro, Jesús, para llegar a ser más como él y experimentar las cualidades del Reino de Dios ya aquí en medio de nosotros y poder compartirlas con los demás.

En esta carta pastoral, repasaré con ustedes el camino que como obispo, sacerdotes, parroquias y muchos de los fieles, hemos estado llevando a cabo juntos y les ofreceré una visión general de hacia dónde vamos en los próximos años.





Parte I — Visión General de Nuestra Jornada de Discipulado Diocesano

Introducción a la Jornada (2014-2016)

Esta jornada comenzó en el 2014, con la publicación de mi reflexión pastoral titulada, “Enseñen a mi Pueblo a Orar,” y se utilizó en los vicariatos y en las parroquias de toda la diócesis. Varios estilos de oración, meditación y contemplación, profundamente arraigados en las Escrituras y la tradición espiritual católica, se introdujeron en nuestras parroquias y hogares. También le pedimos al Espíritu Santo que bendijera esta jornada hacia la Nueva Evangelización en el que nos estábamos embarcando. Al aprender a orar y profundizar nuestra vida de oración como individuos y como comunidad, nos estábamos preparando para encontrar a Jesús más personalmente y estar expuestos al gran tesoro de la vida espiritual y mística de la Iglesia.

Por favor, vean la “Pedagogía del Discipulado” a continuación, que destaca las etapas de crecimiento en el discipulado y la dinámica que hemos estado utilizando para mover a nuestra diócesis a cumplir la misión, dada por Jesús, de salir a predicar el Evangelio a todas las naciones y bautizarlas “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28:18-20).

PEDAGOGÍA DEL DISCIPULADO

DESCUBRE A JESÚS

“Vengan y lo Verán” (Jn 1:39)

Discípulos: Estoy invitado a encontrar a Jesús.

Discípulos Misioneros: Presento a Jesús intencionalmente a otros para que lo encuentren como su amigo y salvador.

SIGUE A JESÚS

“Sígueme” (Mt 9:9)

Discípulos: Me acompañan a crecer en amistad con Jesús y su cuerpo, la Iglesia Católica.

Discípulos Misioneros: Acompaño y formo aquellos quienes desean crecer en amistad con Jesús y la Iglesia Católica.

COMPARTIR A JESÚS

“Vayan y hagan Discípulos” (Mt 28:19)

Discípulos: Soy enviado a la misión para compartir mi amor por Jesús y la Iglesia Católica con los demás.

Discípulos Misioneros: Equipo y envío a otros en misión para evangelizar y hacer discípulos.

ADORAR A JESÚS

“Permanezcan Unidos Conmigo” (Jn 15:4)

Discípulos: Respondo con amor para adorar y alabar a Dios en medio de la comunidad católica.

Discípulos Misioneros: Formo y apoyo a las personas para que adoren en comunidad como el cuerpo de Cristo, la Iglesia Católica.

Descubre a Jesús, Años (2016-2018)

Cada uno de nosotros está invitado a convertirse en amigo y discípulo de Jesús y a comprender este profundo don: ***Si fueras la única persona que hubiera vivido, Jesús aún habría pasado por todo lo que paso en su vida, ministerio, muerte y resurrección solo por ti.***

La etapa de “Descubre a Jesús” comenzó con enseñanza y catequesis a los líderes diocesanos y parroquiales para ayudar a las personas a tener una experiencia personal con Jesús y a encontrar la presencia de Jesús dentro y alrededor de ellos. Esta es una etapa continua que se profundiza a medida que perseveramos construyendo nuestra relación personal con Jesucristo y compartiéndolo con otros en nuestras vidas.

Hermanos y hermanas, anhelo que todos y cada uno de ustedes conozcan a Jesús personalmente, que tengan una experiencia de conocer a Jesús como su mejor amigo, su Señor y Salvador. Sta. Teresa de Calcuta solía preocuparse por sus hermanas en la comunidad, fundó las Misioneras de la Caridad. Ella les escribió en un famoso discurso:



“El amor personal que Cristo tiene por ti es infinito. Eres especial para Dios. Él está esperando que vengas a Él en oración. Él quiere honrarte con su Presencia. Jesús te ama con ternura, eres precioso para él. Vuélvete a Jesús con gran confianza y déjate amar por él.”

Por favor, tomen el tiempo para reflexionar sobre estas hermosas palabras de la Madre Teresa. Les ruego que tengan una conversación sencilla con el Señor Jesús. ***Él escucha cada palabra que hablan y conoce cada suspiro que toman. Él puede contar cada cabello en su cabeza y los ama personalmente.*** Si ya lo conocen, pídanle que los lleve más profundamente a su amor y a su servicio.

Podrían decir, “No soy digno.” Tienes razón, y yo tampoco. Pero todo lo que quiere de nosotros es una apertura de corazón que le permita entrar en nuestras vidas más profundamente. Díganle: *“Señor, te permito que me llenes con tu presencia. Ven Espíritu Santo, eres bienvenido aquí en mi alma. Ven Espíritu Santo, eres bienvenido aquí.”*

Sigue a Jesús, Años (2018-2020)

Una vez que conocen y aman a alguien, quieren estar cerca de esta persona, pasar tiempo con él o ella, descubrir qué le agrada y qué la hace feliz. Hermanos y hermanas, esto es lo que significa seguir a Jesús. Esta es la etapa de maduración al seguir a Jesús. Esta es también una etapa de negación, comúnmente llamada ascetismo donde abrazamos la cruz de Jesús en sacrificio y oración. Al hacerlo, aprendemos a decir sí a la voluntad de Dios en nuestras vidas. Aprenden a cultivar la relación con Dios y con los demás a través de obras de amor y misericordia.

Según el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC): “Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales. Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos” (no. 2447).

Esta es también la etapa de “*hacer discípulos*.” Una vez que conoces y amas a Jesús, quieres compartir esa experiencia con los demás. Si cada católico hiciera dos discípulos en los próximos años, presentándolos a Cristo y caminando con ellos en una participación plena y activa en la Iglesia, ¡el rostro del mundo se transformaría por completo! Curtis Martin, quien fundó la Fellowship of Catholic University Students (FOCUS) que sirve en los campus universitarios y universidades, dijo: “*Si incluso un millennial hace la obra de discipulado con dos o tres personas en la vida de ese joven, el mundo entero se convertiría a Jesucristo y a la Iglesia Católica en treinta y tres años.*”

¡Piensen en cómo sería si cada uno de nosotros estuviéramos haciendo discípulos! Estaríamos más abierto a los planes de Dios para nuestras vidas y en la vida de la Iglesia. Estaríamos mejor preparados para dar la bienvenida a Jesús cuando regrese para el establecimiento completo del Reino de Dios. “*Venga tu Reino, hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo*” (Mateo 6:10).

Animo a cada uno de ustedes a hacer más espacio en su tiempo y en su vida para Jesús. Continúen compartiendo su jornada de fe y presenten a un nuevo amigo a Jesús; ya sea que él esté creciendo a través del estudio bíblico individualmente o en un pequeño grupo de discipulado en su parroquia, escuela, campus u hogar. El patrón se puede explicar fácilmente de la siguiente manera, que ha sido popularizada por el movimiento de Cursillo y escrita por el Obispo John Doerfler de Marquette — “*Conviértete en amigo de Jesús, haz un nuevo amigo y preséntale a tu nuevo amigo a Jesús.*”

Los años de pandemia han estado llenos de desafíos y oportunidades. Hemos estado aprendiendo lo que significa movilizarse para la misión en un contexto muy restringido y en circunstancias difíciles. Eso ha sido una bendición en este tiempo de dolor y pérdida. Pero el Señor está con nosotros, y es fiel.

Adorar a Jesús, Años (2022-2025)

En lo que se ha llamado la “Pedagogía del Discipulado” (ver *tabla en la página 7*), ahora entramos en los años de Adorar a Jesús. Providencialmente, la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB) está lanzando una iniciativa de tres años llamada “Avivamiento Eucarístico” centrada en la Eucaristía. El objetivo del Avivamiento Eucarístico es alentar “**un movimiento de católicos en todo Estados Unidos, sanados, convertidos, formados y unificados por un encuentro con Jesús en la Eucaristía y enviados en misión por la vida del mundo.**”

En la Diócesis de Green Bay, implementaremos esta prioridad además de otras facetas de nuestros años de Adoración a Jesús a medida que aprendemos a conocer y apreciar el tesoro de la Misa al enfocarnos en la presencia de Cristo en la Palabra y en la Eucaristía.

Según varios estudios de investigación nacional, hay cuatro signos específicos de una fuerte cultura eucarística en una parroquia:

- Devoción por la Eucaristía
- Un sentido de auténtica hospitalidad cristiana
- Cultivo de un sentido más profundo de la música sacra
- Excelente predicación

Durante estos años de Adorar a Jesús, nos esforzaremos por emprender un viaje para convertirnos en parroquias centradas en la Eucaristía para que todos puedan llegar a una mayor devoción a Dios nuestro Padre y a su Hijo más amado, Jesucristo, a través del poder del Espíritu Santo.

Comparte a Jesús, Años (2025-2028)

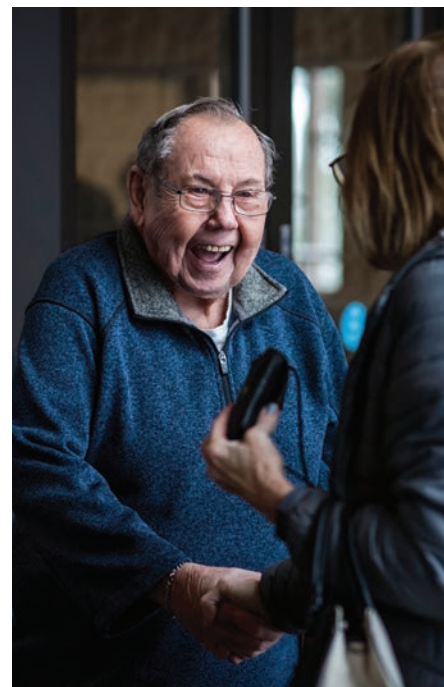
Muchas personas hoy en día están destrozadas y dolidas. Muchos no conocen a Dios o lo han rechazado. Nuestra sociedad cada vez más secular piensa que puede salvarse a sí misma, pero no puede. Al proclamar el Evangelio y el Reino de Dios presente ahora y aún por establecer plenamente en el momento de su regreso, podemos reclamar nuestra identidad en y para Jesucristo.

San Pablo VI, en su documento "Evangelii Nuntiandi" ("Sobre el Anuncio de la Buena Nueva," no. 14), escribe que "la Iglesia existe para evangelizar." Un discípulo misionero es un discípulo que es "enviado a la misión" para evangelizar o compartir a Jesús con la familia, amigos, feligreses, personas en el vecindario y en el mundo en general y especialmente con los pobres, los vulnerables y los marginados. Si queremos, durante estos años, seremos movilizados y enviados a la misión como discípulos misioneros.

Por favor, no piensen que tienen que esperar y pasar por estos años de formación para hacer este trabajo. Esta gracia nos llega a todos a través de los sacramentos — especialmente el bautismo y la confirmación. Nos hemos estado tomando nuestro tiempo con esta formación porque estamos trabajando hacia un cambio sistémico, no en la naturaleza o la enseñanza de la Iglesia, sino en nuestro enfoque para compartir el Evangelio.

Un discípulo misionero católico ama la Misa y se dedica a la adoración todos los domingos. La Misa es la liturgia del cielo anticipada e iniciada con cada Misa en la tierra. Este es el acto central del discipulado misionero.

*Un discípulo misionero católico
ama la Misa y se involucra en la
adoración cada Domingo. La Misa
es la liturgia del cielo anticipada
e iniciada con cada Misa en la
tierra. Este es el acto central del
discipulado misionero.*



Parte II — Discípulos Llamados a Adorar

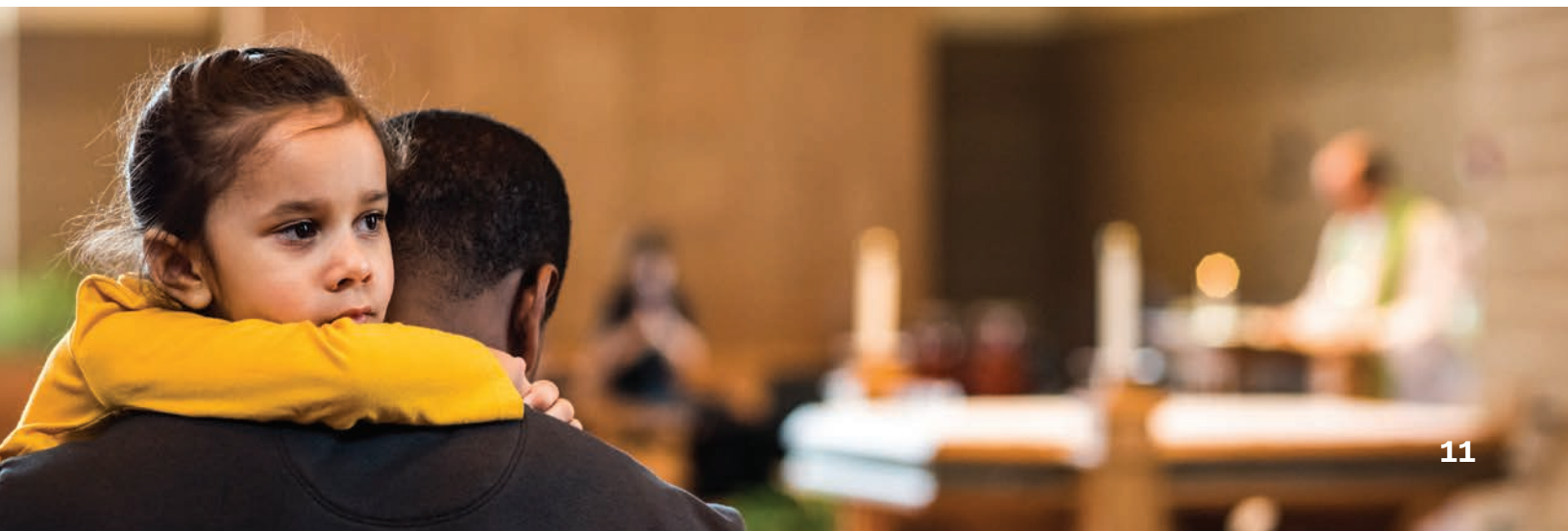
La Importancia del Domingo

La oración más grande de todas es la Misa, y la Misa dominical es ese día especial de la semana cuando toda la comunidad se reúne para dar honor, gloria y alabanza a Dios. Este es “el” día de la semana. Es el primer día de la semana y no el último del fin de semana. Es un día de descanso y recreación. Es el único día en que nos regocijamos especialmente en el don de la Eucaristía, que es el alimento para nuestra jornada. El domingo es el día en que vamos a la iglesia y nos reunimos como Iglesia para dar testimonio público en acción de gracias por las bendiciones de la semana que acaba de pasar y pedirle a Dios sus bendiciones en la semana venidera.

En muchos sentidos, las semillas de mi propia vocación al sacerdocio fueron sembradas al ir a Misa con mi familia los domingos. Recuerdo cuando era niño que todos nos preparábamos bien para el domingo. Mamá y papá se esmeraban en su vestimenta para la Misa dominical y se aseguraban de que nosotros también lo hiciéramos. Nos sentamos en la banca delantera para que nos comportáramos, y prestáramos atención a la Misa y llegáramos a entenderla. La Misa era en latín en aquellos días. Ahora la Misa es en la lengua vernácula, y podemos estudiar y orar con las lecturas antes de ir a Misa. La Misa dominical es un tiempo para dar la esencia de nuestro tiempo, talento y tesoro a Dios y a la comunidad. Este es un tiempo también para entregar las causas de nuestra gran necesidad, una oportunidad para darnos a nosotros mismos a medida que salimos de nuestro pequeño mundo particular y entramos en el mundo comunitario, universal y eterno.

El domingo puede y debe convertirse en el punto central de nuestro discipulado como individuos, como familias y como parroquias y comunidades de fe. La Misa es la “fuente y cumbre de toda la vida cristiana,” de nuestras oraciones y meditaciones y de la vida cristiana durante toda la semana (“Lumen Gentium,” no 11).

Una parte importante del propósito de la Nueva Evangelización es invitar a nuestros familiares y amigos a volver a la práctica activa de la fe asistiendo a la Misa dominical. La Misa es la forma más elevada de oración disponible para los seres humanos, ya que es una participación en la liturgia celestial que está llena de abundancia en comparación con nuestros débiles intentos aquí en la tierra. “*El inmenso número de personas que no han recibido el Evangelio de Jesucristo no puede dejarnos indiferentes,*” dice el Papa Francisco en “*Evangelii Gaudium*” (“La Alegría del Evangelio,” no. 264).



Encuentro con Cristo en el Santo Sacrificio de la Misa

Cristo nos está llamando a cada uno de nosotros a profundizar nuestra vida de oración, y la forma más íntima de experimentar este encuentro es en el santo sacrificio de la Misa. Este encuentro en la Eucaristía se desborda en amor y nos lleva a dirigirnos a Él en nuestra oración diaria. Como nos recuerda San Pedro Julián Eymard, "La Eucaristía es todo, porque de la Eucaristía todo es."

La culminación de nuestras oraciones diarias encuentra su máxima expresión en la celebración de la Misa dominical. Nunca estamos participando en una actividad privada, incluso cuando oramos y meditamos solos. Estamos unidos místicamente a otros miembros del cuerpo de Cristo, aquellos que nos han precedido en la muerte y nuestros contemporáneos hoy en día mientras rendimos alabanza y acción de gracias. En muchos sentidos, cada acto de oración entra en el compromiso comunitario de la Iglesia, fluye de la Eucaristía y regresa a ella.

La Eucaristía es ... "la fuente y la cumbre de la vida cristiana. Los otros sacramentos, y de hecho todos los ministerios eclesiásticos y las obras del apostolado, están vinculados a la Eucaristía y están orientados hacia ella. Porque en la Santa Eucaristía está contenido todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua" (CIC, nos. 1324-1327).

La Eucaristía es la forma más íntima en que Jesucristo está presente para nosotros porque Él mismo es el sacramento. Él está plenamente presente en la Eucaristía. Cada vez que participamos en la celebración de la Eucaristía, renovamos nuestra creencia en la verdad de que Cristo dio su vida por cada uno de nosotros. Al recibir a Jesucristo mismo, somos capaces de llegar a ser cada vez más como Él. Este encuentro está en el centro de lo que somos como cristianos, y nuestra esperanza es unirnos algún día a San Pablo para decir: "Ya no soy yo quien vive, sino Cristo que vive en mí" (Gálatas 2:20).

"Cada celebración de la Eucaristía es un *rayo de luz* del sol que ilumina y que es Jesucristo resucitado. Participar en la Misa, especialmente el domingo, significa entrar en la *victoria del Resucitado*, ser iluminado por su luz, calentado por su calor."

- PAPA FRANCISCO

"Cuanto más ardiente es el *amor a la Eucaristía* en el corazón del pueblo cristiano, más claramente reconocerá la meta de su misión: llevar a Cristo a los demás. No sólo una teoría o una forma de vida inspirada por Cristo, sino *el don de su propia persona*. Cualquiera que no ha compartido la verdad del amor con sus hermanos y hermanas aún no ha dado lo suficiente."

- PAPA BENEDICTO XVI

"A partir de este momento, *vivir plenamente la Eucaristía*; ser personas para las que el la Santa Misa, la Comunión y la Adoración Eucarística sea el *centro y la cumbre* de toda su vida."

- SAN JUAN PABLO II



Parte III — Desbloqueando el Significado de la Misa

¿Qué quieren decir los católicos con la palabra adoración? La adoración es el honor correcto, la alabanza y la acción de gracias a Dios que hacemos a través de la oración pública de la Iglesia, la liturgia y en nuestra oración privada. La Misa es el acto perfecto de adoración, ofrecido por el Hijo al Padre en el Espíritu Santo. Podemos (y debemos) orar de muchas maneras diferentes, pero solo en la Misa podemos ofrecer la oración de alabanza y acción de gracias perfectas que le debemos a Dios. En la Misa, es Cristo quien hace la ofrenda por nosotros, con nosotros y en nosotros. Él es el sumo sacerdote y mediador, y la Misa es el lugar y el tiempo que estableció para la representación de su sacrificio. Cuando tomó pan y vino y los bendijo, los llamó su Cuerpo y Sangre, y dijo: “Haced esto en memoria mía” (Lucas 22:19); y así lo hacemos.

Cuando venimos a adorar, Jesús está presente en la Palabra y en la Eucaristía. Es una cita que él hizo, y siempre la cumple, no porque Dios necesite nuestra adoración, sino porque necesitamos adorar a Dios.

El adorar es la necesidad humana más profunda, y es un deber que tenemos con Dios. Fuimos creados a imagen y semejanza divina, hechos por Dios y para Dios. En la Misa, en comunión con Jesús, recibimos el amor que el Hijo ha conocido desde la eternidad. En la Misa, en comunión con Jesús, devolvemos el amor al Padre de una manera que es apropiadamente divina.

En la Misa, estamos cobijados en nada menos que el amor de la Santísima Trinidad. Esto se expresa bellamente en la gran doxología, las palabras que se escuchan al final de la Oración Eucarística justo antes de que comience el Padre Nuestro: “Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos Amen.”

Por el poder del Espíritu Santo, permanecemos en Jesús; y con Él y por medio de Él damos gloria y alabanza al Padre. En comunión con Cristo, estamos unidos en comunión unos con otros.

Este es el amor que esperamos conocer para siempre en el cielo. Lo recibimos como un anticipo ahora mismo en la Misa.

Una vez más, esta es la adoración perfecta, y es para lo que fuimos hechos. Si no adoramos al único Dios verdadero, pero en cambio, adoraremos a alguien o algo más; lo pondremos en el lugar de Dios y lo convertiremos en un ídolo, dándole lo mejor de nuestro amor y atención. Para algunas personas es política; para otras es riqueza; para otros: automóviles, comida, compras, sexo o viajes. Todas estas son cosas buenas, pero cuando hacemos de cualquiera de ellas lo más importante nos destruye. Tales sustitutos nunca pueden satisfacer los anhelos del corazón humano. San Agustín lo expresó de manera más memorable: “Nos has hecho para ti, y nuestros corazones están inquietos, hasta que puedan encontrar descanso en ti.”

La adoración es la meta, el fin al que tiende todo discipulado. La adoración proporciona la única satisfacción duradera de nuestros deseos más profundos.

“Hacer éste en memoria Mia.” - Lucas 22:19



Temas para Desbloquear el Significado de la Misa

La Misa es un tema infinitamente rico. Podrías llenar una biblioteca con los libros que se han escrito sobre ella. Podrías llenar un libro con reflexiones sobre un solo aspecto o elemento de la Misa: sacrificio, sacramento, presencia, ritual, historia, doctrina y trasfondo bíblico. Vivimos en una época de gran desarrollo en los medios de comunicación, y todos los días aparecen nuevos libros, videos, podcasts y artículos — algunos muy técnicos, otros bastante pastorales. Sí, estamos presenciando una crisis de fe en el poder de la Misa, pero también estamos presenciando una gran y heroica respuesta por parte del clero y los laicos.

¡No pretendo reproducir todos sus esfuerzos! En esta sección quiero considerar sólo algunos temas claves que ayudaran a una comprensión más profunda de la Misa.

El Sacrificio Pascual

La comida más importante en el Antiguo Testamento era la comida de pascua, llamada en hebreo el *seder*. Dios estableció esta fiesta como el convenio más grande: “Éste es un día que ustedes deberán recordar y celebrar con una gran fiesta en honor a el Señor; lo celebrarán como una ley permanente” (Éxodo 12:14).

Los Israelitas consumieron la Pascua como su última comida en Egipto, donde habían sido esclavizados durante muchos años. Cuando llegó el momento, tuvieron que salir apresuradamente y no hubo tiempo para dejar que la masa se levantara para el pan. En cambio, comieron pan sin levadura con un cordero asado entero y varios otros platos de acompañamiento profundamente simbólicos, como hierbas amargas. A través de los siglos siguientes, en cada *seder*, un miembro de la familia (generalmente el padre o el hermano mayor) explicaba el significado de cada alimento a medida que se iban sirviendo.

El cordero era esencial. Dios había enviado una plaga final sobre Egipto, reclamando la vida de cada primogénito en la tierra. Cada familia de israelitas protegió a su primogénito ofreciendo el cordero pascual. Esparciendo un poco de la sangre y untándola por todo el marco de la puerta de la casa que habitaban (Éxodo 12:7,2-23), para que el Ángel de la Muerte supiera pasar de largo por encima de ellos.

Después, cada hogar israelita tenía la obligación de siempre conmemorar el Éxodo. En la comida del *seder*, la familia renovó su alianza con Dios. Cuando Jesús estaba creciendo, José y María, como judíos fieles, celebraban el día santo como peregrinos en Jerusalén (véase Lucas 2:41).

Fue en un *seder* de Pascua que Jesús instituyó la Eucaristía. Ese día les dijo a sus discípulos más cercanos, los Doce: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer” (Lucas 22:15). Procedió entonces a celebrar el *seder* de una manera inusual. Tomó algunos de los elementos tradicionales, pan y vino, y los bendijo, asignándoles un nuevo significado. Dijo del pan: “Este es mi cuerpo, que será dado por ustedes” (Lucas 22:19). Luego, sobre el cáliz de vino, dijo: “Esta copa es la alianza nueva sellada con mi sangre, que será derramada por ustedes” (Lucas 22:20).

Hay cuatro relatos completos de este seder en el Nuevo Testamento, pero ninguno de ellos menciona un cordero. Sólo en la Primera Carta de San Pablo a los Corintios encontramos una razón para esta aparente omisión. El apóstol explica que Jesús mismo es el cordero de la nueva Pascua: "Porque aún Cristo, nuestra Pascua, ha sido sacrificado" (1 Corintios 5:7). En el siguiente versículo continúa: "Por tanto, celebremos la fiesta ... con panes sin levadura de sinceridad y de verdad" (5:8).

Al comienzo del ministerio de Jesús, Juan el Bautista se había dirigido misteriosamente a Él como "el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo" (Juan 1:29). Así, al ofrecer su Cuerpo y Sangre, Jesús se presentó como el sacrificio pascual perfecto. Él era el Cordero de Dios. A medida que su vida llegaba a su fin, untaba con su propia sangre el madero de la cruz, evocando la sangre del cordero pascual y su propósito de salvar vidas. El madero de la cruz se convierte en la puerta de entrada a la libertad del pecado y la muerte.

Para nosotros que hemos asistido a muchas Misas, esas líneas e imágenes son muy familiares: el pan sin levadura, el cáliz de vino, las bendiciones pronunciadas sobre ambos, el mandamiento de "Este es el Cordero de Dios." Cuando vamos a la iglesia, la liturgia deja claro que estamos sentados en el seder de la Nueva Alianza, la Pascua del nuevo Éxodo.

La Pascua del Antiguo Testamento había sido un evento importante, pero todavía era solo una sombra de la Pascua por venir en Jesucristo. En el antiguo Éxodo, las doce tribus fueron liberadas de la esclavitud y se establecieron en una "tierra que fluye con leche y miel." Pero en el nuevo Éxodo, el mundo entero fue liberado de la esclavitud al pecado y la muerte, y se le permitió entrar en una tierra prometida mucho mayor: el cielo, que es una parte eterna en la vida de Dios mismo.





El Cielo en la Tierra

Muchos de estos temas se expresan en su forma bíblica más refinada — y sorprendente — en la carta a los hebreos y el visionario Libro de Apocalipsis. En ambos libros, la Misa se presenta consistentemente como la adoración unificada del cielo y la tierra.

En el Libro de Hebreos, capítulo 12:1-2, nos encontramos “rodeados de una nube tan grande de testigos” — los ángeles y los santos — “mientras mantenemos nuestros ojos fijos en Jesús.” Nos encontramos en “la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y con los ojos fijos de ángeles, a la asamblea general e iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos” (22-23). Allí, Jesús es “el mediador de un nuevo pacto, y la sangre rociada que habla más elocuentemente que la de Abel” (24). Recuerda que, en la Última Cena, Jesús se había referido a la Eucaristía como la Nueva Alianza en su sangre. Por esa razón, la Misa es un momento de tremenda importancia, y debemos reconocerlo como tal. Las Escrituras nos dicen: “Demostremos gratitud, mediante la cual ofrezcamos a Dios un servicio aceptable con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (28-29).

El Libro de Apocalipsis parece un libro enigmático y desconcertante para muchos cristianos. Pero tiene mucho más sentido si se lee a la luz de la liturgia. Reconocemos muchos de sus pequeños detalles como elementos familiares de la Misa dominical. Hay vestimentas sacerdotales, incienso, cálices, himnos, el “Santo, Santo, Santo”, el “Cordero de Dios.” Existe el “maná oculto” de la Eucaristía.



Incluso la estructura del libro refleja la Misa, que se ha dividido en dos desde el comienzo de la Iglesia. Los primeros capítulos tratan de la apertura y lectura de los rollos. Los capítulos posteriores tratan del banquete del Cordero de Dios.

El autor del Libro de Apocalipsis, San Juan, presenta el cielo como un banquete sagrado que dura la eternidad. Sin embargo, ese banquete no comienza cuando morimos, comienza cuando vamos a Misa, cada vez que vamos a Misa y donde quiera que vayamos a Misa, porque la Misa es el único lugar donde, real, verdadera, sustancial y sacramentalmente — el cielo toca con los pies en la tierra y Dios nos alimenta con el Pan de Vida. En Apocalipsis, vemos la liturgia celestial-terrenal como el acto perfecto de acción de gracias (ver Apocalipsis 4:9, 7:12 y 11:17). En el Cordero vemos a la perfecta víctima pascual, cuya fiesta es eterna.

Jesús insinuó todo esto en su afirmación de que la Eucaristía es su cuerpo (Lucas 22:19) y su presencia real (Juan 6:26-65). Si Jesús está verdaderamente presente, entonces el cielo está allí. Donde quiera que vaya el Rey, es atendido por su corte. Reconocemos esto tantas veces cuando asistimos a la liturgia. En el Rito Penitencial, reconocemos que estamos en presencia de “todos los ángeles y santos.” Al comenzar la Oración Eucarística, el sacerdote ora: “Por eso, con los ángeles y arcángeles y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria ...”

Así es como las grandes figuras de la historia de la Iglesia han experimentado la Misa. En el siglo IV, San Atanasio dijo a su congregación: “Mis amados hermanos, no es una fiesta temporal a la que venimos, sino una fiesta celestial. No la celebramos en las sombras; nos acercamos a ella en la realidad” (“Festal Letters,” Carta 4, párr. 3).

¡En realidad! Por eso hablamos de la presencia *real*! Vamos a ver al Rey de Reyes, y esto debería infundirnos asombro. San Juan Crisóstomo, en el siglo V, instó a su pueblo a cultivar un profundo sentido de asombro Eucarístico. ¡Y, sin embargo, eran renuentes incluso a presentarse a Misa! Les dijo: “Miren, se los ruego: una mesa real está puesta delante de ustedes; los ángeles sirven en esa mesa; el Rey mismo está allí ... [Cristo] nos ha invitado al cielo, a la mesa del gran y maravilloso Rey, y ¿nos encogemos y dudamos, en lugar de apresurarnos y correr hacia él?” (“Homilías sobre Efesios,” Homilía 3).

Los santos que invoco no son extraños. Representan la corriente principal del cristianismo, y la doctrina que expresan ha sido la fe constante de la Iglesia desde el principio. Sigue siendo nuestra fe hoy. Puedes leerlo en el Catecismo de la Iglesia Católica:

“En la liturgia terrena pregustamos y participamos en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos un himno de gloria al Señor con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos, esperamos participar con ellos y acompañarlos; aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste El, nuestra Vida, y nosotros nos manifestamos con El en la gloria” (CIC, no. 1090; véase también 1136 y 2642).



Tal ha sido la devoción de los cristianos desde la primera generación. Pero ¿tú y yo la hemos traído a casa? ¿La hemos hecho nuestra? Escucha de nuevo a San Juan Crisóstomo, que habla en nombre de la Iglesia antigua: “Porque cuando tú ves al Señor sacrificado y humilde, y el sacerdote que está orando sobre la víctima, y a todos teñidos de aquella preciosa sangre; ¿por ventura crees hallarte aún en la tierra entre los hombres, y no penetras inmediatamente sobre los cielos?” (“Sobre el Sacerdocio,” Libro I). A medida en que ustedes y yo no recordemos esto, debemos convertirnos.

Estar con el Rey, Jesucristo, es estar en el cielo. Puede que no se vea o se sienta como nuestras ideas sobre el cielo. Como obispo, escucho regularmente quejas de personas de que su iglesia parroquial es demasiado caliente en el verano o demasiado fría en el invierno. En la consumación de la historia, esas imperfecciones presumiblemente serán remediadas. Al final veremos las cosas como son y veremos a Dios como Él es (1 Juan 3:2). Ahora, sin embargo, contemplamos a Jesús con ojos de fe, y eso es en sí mismo un privilegio mayor de lo que podríamos haber imaginado. Es un don profundo.



El Mayor Acto de Gratitud

Es educado que digamos “gracias” por cualquier regalo, y Dios es el manantial de donde mana cada cosa buena que hemos tenido en la vida. Los dones de Dios para nosotros son incontables, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, por lo que nuestra deuda de gratitud está más allá de nuestra capacidad de expresar. Le debemos algo más que un gesto de educación. Le debemos una deuda que solo la Misa puede pagar, porque allí Jesús mismo está haciendo la ofrenda — y Jesús mismo es la ofrenda. La adoración siempre implica acción de gracias.

“Eucaristía” es uno de los primeros términos aplicados a la Misa. Su raíz griega significa simplemente, “acción de gracias.” Cuando Jesús toma pan en los Evangelios, da gracias y, habiendo dado gracias (*eucharistēsas*), bendice y distribuye el pan. Esto sucede cuando alimenta a las multitudes (Mateo 15:36, Juan 6:11). Sucede, primordialmente, en la Última Cena (Lucas 22:17-19). En conmemoración de Jesús, sucede para los Apóstoles en el Libro de los Hechos de los Apóstoles (Hechos 27:35).

Si ustedes y yo tomamos un momento para meditar, concluiremos que cada uno de nosotros ha sido generosamente bendecido en la vida, incluso aquellos que están sufriendo grandemente deben reconocer que han sido bendecidos de muchas maneras. De hecho, muchas de nuestras luchas involucran bendiciones que una vez tuvimos, pero que luego perdimos. Siempre estamos en el extremo receptor de muchas bendiciones, pero rara vez las apreciamos mientras las tenemos. Rara vez nos tomamos el tiempo para dar gracias. La Misa es el momento perfecto para hacerlo, como lo hicieron Jesús y San Pablo.

Algunas personas llevan un diario de bendiciones. Otros encuentran otras maneras de dar gracias todos los días. Las personas que hacen esto reportan una mejora constante en su actitud y su aprecio por los dones de la vida. La gratitud los mueve a lo largo del camino de la transformación hacia una alegría y felicidad mucho mayor.

Cuando queremos reconocer las bendiciones, instintivamente debemos mirar al Proveedor de todo beneficio y todo don perfecto (Santiago 1:17). Dios nos da sus dones a través de muchos mediadores. Él nos da vida a través de nuestros padres. Él nos da trabajo a través de nuestros patrones. Él nos da afecto a través de nuestros amigos. Podemos y debemos agradecer a las personas que nos traen bendiciones grandes y pequeñas, pero siempre debemos recordar agradecer a Dios. Él es la fuente última de todas nuestras bendiciones.

Dios es el manantial de donde mana cada cosa buena. La adoración siempre implica *acción de gracias*.

Este es uno de los propósitos principales de la Misa. Por lo menos una vez a la semana damos gracias a Aquel que nos sostiene. En la Misa escuchamos estas palabras: “Demos gracias al Señor nuestro Dios. ... Te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo.”

La gratitud es beneficiosa para nosotros de muchas otras maneras. Nos ayuda a adquirir virtudes aparentemente no relacionadas, como la humildad. Cuando estamos habitualmente agradecidos, recordamos incluso nuestras mayores fortalezas como regalos recibidos de otros: de padres, abuelos, maestros, mentores, hermanos, gerentes y amigos — pero en última instancia de Dios. Cuando nos detenemos a calcular cuánto se nos ha dado, comenzamos a reconocer nuestra propia pequeñez e indignidad. Entonces nos estamos moviendo hacia el verdadero espíritu de adoración.

La “Escuela de Acción de Gracias”

En la Misa, nos unimos a Jesús para darle gracias a Dios con, en y a través de Jesús. Con él nuestras vidas se convierten también en sacrificios vivos de alabanza y acción de gracias, como nos recuerda esta cita de Wilfrid Stinissen: *“La Eucaristía es una escuela de Acción de Gracias. Allí aprendemos de nuevo a dar gracias, no sólo por lo bello y delicioso, sino también por lo difícil, por el sufrimiento y la muerte. Unidos a Jesús, damos gracias por su muerte, que se ha convertido en nuestra salvación y, por lo tanto, damos gracias también por nuestra propia muerte. ... La Eucaristía puede enseñarnos a dar gracias en todas las circunstancias; porque esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús (I Tesalonicenses 5:18)”* (“The Bread that is Broken,” página 7).

La gratitud está en la raíz de nuestra obligación de asistir a Misa el domingo. En el Nuevo Testamento, el domingo es el Día del Señor, y los cristianos siempre lo han honrado como tal. La semana pertenece al Señor, y lo reconocemos simbólicamente dándole el primer día. En las primeras horas de ese día, cultivamos nuestra relación personal y comunitaria con nuestro Creador. No solo estamos obedeciendo una regla, aunque la asistencia a la Misa semanal es una obligación seria y debe cumplirse. Estamos disfrutando de un privilegio. Es un honor ser contado como uno del pueblo de Dios. Es una bendición tener la libertad de reunirse como una comunidad de creyentes. Es bueno para nosotros recordar estas cosas y dar gracias.

Cada día es un regalo. Cada respiro es un nuevo regalo para nosotros; el uso de cada uno de nuestros sentidos es un regalo. Por todo esto damos gracias en la Misa. Dios no nos promete a ninguno de nosotros el día siguiente ni siquiera el siguiente aliento. No tenemos derecho a estos; son puros dones del Creador. Cuando reconocemos la gracia de cada día y respiramos, nos volvemos más agradecidos con el autor y dador del don de la vida. Contar nuestras bendiciones todos los días es una práctica y un hábito tremendo. Decir “gracias” desvía nuestro enfoque de las cosas que nos faltan y queremos — y lo coloca en cambio en las cosas buenas que ya tenemos.

Si visita el país de Grecia hoy, escuchará a los comerciantes expresar gratitud con una sola palabra: ¡Eucaristía! Cuando tengamos en cuenta el origen de la palabra “Eucaristía,” apreciaremos una de las razones principales por las que vamos a Misa: ¡para dar las gracias!



El Sacramento de La Comunión y de La Caridad

En los primeros días de la Iglesia — en el siglo II, en el norte de África — un converso llamado Tertuliano escribió un libro para explicar la fe católica a sus incrédulos vecinos. Él les habla sobre la adoración dominical, pero también sobre los efectos que tiene en los adoradores. El mayor efecto es el amor.

Habla de la colecta, donde los cristianos hacen donaciones voluntariamente, y detalla las actividades caritativas financiadas por ella. La colecta se utiliza, dice, “para sustentar y enterrar a los pobres, para alimentar los niños huérfanos de padres y de hacienda, para viejos que no pueden salir de casa, para quienes padecieron naufragios, para los presos en las cárceles, para los desterrados a las islas y para los condenados a las minas” (“Apología,” cap. 39). El tesoro de la Iglesia se utiliza para atender las necesidades reales de las personas reales.

La Misa no se trata de dinero — ni ahora, ni en el siglo II. Tertuliano observa: “Pero también esta demostración de grande amor lo notan con murmuración algunos. *Mirad, dicen, como se aman entre sí*” (“Apología,” cap. 39). En la narrativa de Tertuliano, este es el amor que fluye de la Misa. En la Misa, las personas son atraídas a la comunión con Jesús — y, en Jesús, experimentan la comunión entre sí. Es por lo que San Pablo puede llamar a la Iglesia el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:27). “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Así, siendo muchos formamos un solo cuerpo, porque el pan es uno y todos participamos del mismo pan.” (1 Corintios 10:16-17).

En la Eucaristía, Cristo da todo lo que tiene: su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. No priva de nada; no sólo de la Iglesia, sino de cada uno de nosotros individualmente. Estamos obligados, entonces, a “ir y hacer lo mismo” (Lucas 10:37). Somos responsables de la vida que hemos recibido en la Eucaristía. Como hemos experimentado la misericordia, debemos demostrar misericordia. Como hemos conocido la bondad, debemos mostrar bondad. Como hemos recibido caridad, debemos extender la caridad. La Eucaristía es el modelo y la medida de nuestra propia entrega.

No todo el mundo puede hacer de todo. Incluso en la Iglesia antigua, la gente hacía lo que podía, no más, pero tampoco menos. Los cristianos que visitaban las minas y las prisiones probablemente no eran los mismos que enterraban a los muertos o cuidaban a los huérfanos. Todos hicieron algo. Todos encontraron una manera de compartir el amor infinito que habían recibido en la Misa. Así es como la Iglesia convirtió al mundo occidental en un lapso de tiempo relativamente breve. Los cristianos, fortalecidos por el amor de Dios en la Eucaristía, salieron y amaron a sus vecinos. El amor recibido en la Misa se desbordó en el mundo, y cambió el mundo. Así que podemos estar seguros de que el éxito en la evangelización no sólo es posible. Está comprobado. Se ha hecho.

Como nos recuerda San Pedro Julián Eymard, “¿Qué bondadoso es nuestro Jesús Sacramentado! Él le da la bienvenida a cualquier hora del día o de la noche. Su Amor nunca conoce el descanso. Él siempre es muy amable contigo. Cuando lo visitas, se olvida de nuestros pecados y habla sólo de su alegría, de su ternura y de su Amor. Por la acogida que te da, uno pensaría que te necesita para ser feliz.”

Se trata de amor, y comienza en la Misa.

Así que exploremos ahora en esta siguiente sección una visión general de las partes y la estructura de la Misa, lo que nos ayudará a apreciar el “por qué” detrás del “qué.”

Parte IV — Visión General de la Estructura de la Misa

Como todos estos temas sugieren, la Misa es el evento más grande en la historia humana; y eso es cierto para cada Misa. Puede parecer humilde para nuestros sentidos humanos. Otros eventos pueden estimular nuestras emociones o entretenernos en mayor grado. Pero nada de eso testifica en contra de la verdad y el poder de la Misa, especialmente cuando llegamos a comprender más plenamente la Misa y cómo nos forma en el cuerpo de Cristo. Muchos de los contemporáneos de Jesús, después de todo, no estaban impresionados por su persona. Era del pueblo sin importancia en Nazaret, dijeron. Sus padres eran pobres. Pero aquellos que miraban con ojos de fe lo reconocían por lo que era y por quién era. Vieron que él era el cumplimiento de los oráculos de los profetas hebreos. Informados y atentos, sabían que debían seguirlo.

Si consideramos la Misa como aquellos primeros discípulos consideraron a Jesús, veremos su significado y propósito divino. No es un surtido aleatorio de gestos y textos. Es la mayor obra de arte, compuesta por Dios mismo y cuidadosamente dispuesta por los santos a lo largo de dos mil años de historia. Cuando crezcamos en nuestro conocimiento de las partes de la Misa, creceremos también en asombro, ¡de que Dios nos ha amado tanto!

En las páginas que siguen, caminaré a través de las partes de la Misa, exponiendo sus orígenes y simbolismo. ¡Cada segmento podría ser el tema de un libro por sí mismo! Pero seré necesariamente breve y, en cambio, les invito a que continúen estudiando los muchos recursos de calidad que están disponibles hoy en día.

La Estructura de la Misa

La Misa se divide en dos partes: la Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía. Estos tienen propósitos diferentes y complementarios. En la Liturgia de la Palabra, los fieles son instruidos a partir de los libros de la Sagrada Escritura. En la Liturgia de la Eucaristía, la Iglesia celebra el rito establecido por Jesús en la Última Cena: la ofrenda del sacrificio de su Cuerpo y Sangre.

La Misa se divide en dos partes:

la Liturgia de la Palabra + la Liturgia de la Eucaristía



La Liturgia de la Palabra

Ritos Introductorios

Aunque podemos comenzar nuestra reunión con un himno, la Misa en sí comienza con algunas oraciones cortas y tradicionales. La primera es la Señal de la Cruz. Esta es una oración muy antigua, que incluye palabras y un gesto. En una homilía pronunciada por el Papa Benedicto XVI en el 150 aniversario de la aparición en Lourdes, la llamó “una especie de síntesis de nuestra fe,” porque invoca el nombre trinitario de Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) esta reconoce el medio de nuestra salvación (la cruz).

A los primeros cristianos les encantaba esta oración y creían que estaban trazando la marca de Dios sobre sus cuerpos — el gesto prefigurado por el profeta Ezequiel (9:4) y mencionado varias veces en el Libro de Apocalipsis (7:3, 9:4 y en otros lugares).

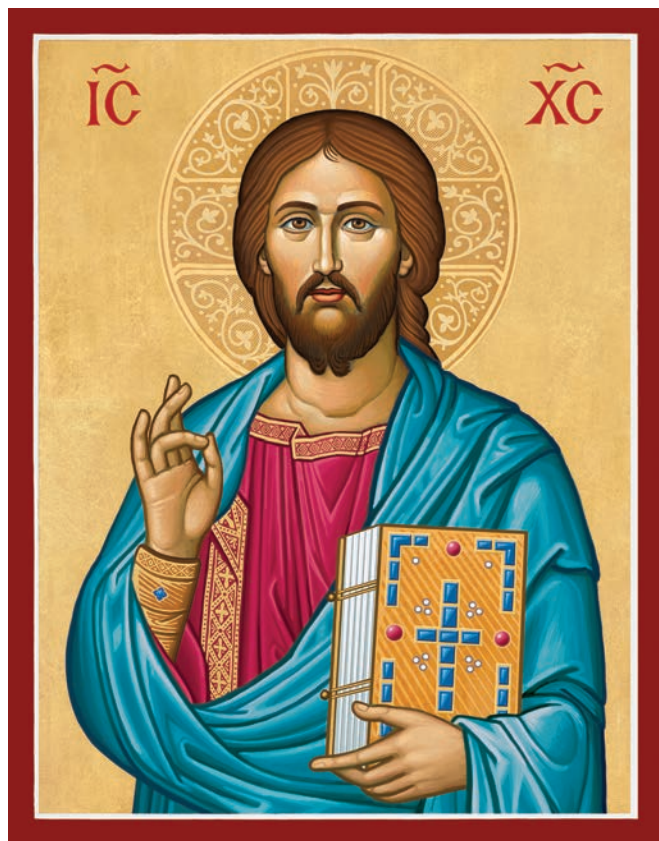
En el norte de África del siglo II, Tertuliano escribió:

“Los cristianos nos ceñimos la frente con la Señal de la Cruz.”

El sacerdote luego extiende un simple saludo, invocando a Dios por su nombre y extraído de las palabras de la Escritura. Él puede decir simplemente: “El Señor esté con ustedes” (véase Rut 2:4), o algo más elaborado, como “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo estén con todos ustedes” (véase 2 Corintios 13:14).

Sigue el Rito Penitencial. Esta es una etapa necesaria en nuestra adoración — un examen de conciencia con respecto a nuestros actos desde la última vez que recibimos la Comunión o el sacramento de la reconciliación. Recordamos cualquier pecado que hemos cometido en este tiempo; y usando las oraciones de la Iglesia, tradicionalmente llamada el *Confiteor* (“Yo confieso”) y el *Kyrie* (“Señor, ten misericordia”) — pedimos perdón.

A través de la Misa misma, Dios nos concede el perdón por todos nuestros pecados veniales. Si somos conscientes de haber cometido algún pecado mortal, debemos permanecer en la Misa, pero no avanzar a la Sagrada Comunión y aprovechar la primera oportunidad que podamos para ir a la confesión donde podamos ponernos en paz con Dios.



Cortesía de MonasteryIcons.com

Debemos ser conscientes de la diferencia entre el pecado mortal y el venial (véase 1 Juan 5:16-17; CCC, nos. 1854-1864). La mejor manera de adquirir esta conciencia es a través de la confesión sacramental regular. El Catecismo de la Iglesia Católica establece que uno debe confesar pecados graves al menos una vez al año (CIC, no. 1457).

Los domingos y otros días especiales, la Misa procederá con la oración llamada Gloria ("Gloria a Dios"). Esta antigua oración comienza con la oración de los ángeles en el nacimiento de Jesús (Lucas 2:14). Es una hermosa y gozosa oración de alabanza a Dios.

Estos ritos introductorios son muy breves. De hecho, ¡probablemente pasaste más tiempo leyendo sobre ellos en este momento de lo que pasarás orando con ellos en la mayoría de las Misas! Concluyen con una oración llamada Oración Colecta, que se centra en un tema espiritual para la Misa y prepara a la congregación para escuchar la palabra de Dios. Entramos a continuación, al corazón de la Liturgia de la Palabra.

Las Lecturas y la Homilía

Una de las razones más importantes por las que nos reunimos es para escuchar las Escrituras proclamadas y dejarlas que formen nuestros corazones y mentes. No basta con estar presente. Debemos estar atentos. Todos los libros de la Biblia son inspirados por Dios. Son su Palabra en el lenguaje humano. Y sólo los libros de la Biblia son inspirados por Dios. Otros libros pueden ser buenos o incluso grandes, pero sólo la Escritura es divina. Por lo tanto, sólo estos libros pueden ser proclamados en la Misa.



En cada Misa, los católicos escuchan una gran cantidad de Escrituras. Los domingos y días festivos especiales, hay cuatro lecturas. La primera generalmente se extrae del Antiguo Testamento; la segunda generalmente proviene de las cartas del Nuevo Testamento. Entre esas dos lecturas hay un responsorio del Libro de los Salmos; este a menudo es cantado por un salmista, frecuentemente también es el cantor, y por la congregación.



La lectura final y más importante es de los Evangelios, los relatos divinamente inspirados de la vida de Jesús. El ritual nos da muchas indicaciones de la importancia única del Evangelio. Primero, sólo un miembro del clero, un sacerdote o diácono, puede proclamar el Evangelio durante la Misa. La lectura del Evangelio es precedida con un *Aleluya* — una exclamación hebrea que significa "¡Alabado sea el Señor!". También nos ponemos de pie para la proclamación del Evangelio, aunque estábamos sentados durante las lecturas anteriores.

Una de las razones más importantes por las que nos reunimos es para escuchar las Escrituras proclamadas y dejarlas que *formen nuestros corazones y mentes.*

Después, dirigimos una oración directamente a Jesucristo, porque creemos que él está especialmente presente cuando el Evangelio se lee en voz alta en la Misa. Entre semana, el número de lecturas se reduce de cuatro a tres.

No hay nada aleatorio acerca de las selecciones elegidas de las Escrituras. Han sido cuidadosamente escogidos por la Iglesia y dispuestos para desarrollarse a lo largo de las estaciones del año. Se prescriben en un libro llamado Leccionario. Los cristianos (y los judíos) han estado usando leccionarios desde la antigüedad. Ellos se aseguran de que nuestras lecturas sean variadas y siempre relevantes, y que ninguna parte de la Biblia sea postergada en nuestra adoración.

El Leccionario Católico actual (en uso desde 1969) prescribe lecturas durante un ciclo de tres años. Al final del ciclo, empezamos de nuevo desde el principio. El Leccionario es como un curso de estudios que repetimos muchas veces a lo largo de toda nuestra vida. Se asegura de que estaremos familiarizados con la Biblia — ¡si estamos escuchando! — y que de que crezcamos en nuestro conocimiento a medida que avancemos en años.

Cuando todas las lecturas han sido proclamadas, el sacerdote o diácono puede pronunciar una homilía — un sermón comentando las lecturas y aplicándolas a la vida cotidiana. Después de la homilía, la congregación (los domingos y días festivos especiales) recitarán el Credo de Nicea o el Credo de los Apóstoles. Ambas son antiguas profesiones de fe — destellos compactos de la doctrina cristiana básica que nos recuerdan las verdades de las que fluyen todas nuestras creencias: la unidad y la Trinidad de Dios, la persona y la naturaleza de Jesucristo y la misión y autoridad de la Iglesia.

Concluimos la Liturgia de la Palabra con las Oraciones de los Fieles (a veces llamada la Oración Universal). Se trata de peticiones breves recitadas por un lector, o más apropiadamente, el diácono, a las que la congregación responde con una oración. El contenido de las peticiones variará, pero a menudo incluyen intercesiones por la Iglesia, el mundo, la comunidad local, las autoridades públicas y por las personas que enfrentan dificultades particulares.

Hay un cambio notable entre la primera “mitad” de la Misa (la Liturgia de la Palabra) y la segunda (la Liturgia de la Eucaristía). La primera se refiere principalmente a la entrega de información, es decir, a la difusión de un mensaje. Ese es el propósito de las lecturas, la homilía y el credo. La Liturgia de la Eucaristía, sin embargo, se centra principalmente en la acción del sacrificio. Es a esto a lo que ahora dirigimos nuestra atención.





La Liturgia de la Eucaristía

Durante la Liturgia de la Eucaristía, la Iglesia cumple el mandato de Jesús de “hacer esto en memoria mía” — de ofrecer su Cuerpo y Su Sangre bajo las especies de pan y vino. El sacrificio de Jesús fue “de una vez por todas” (Romanos 6:10, hebreos 7:27, 1 Pedro 3:18). La ofrenda de su propio sacrificio no se repite, sino que se vuelve a presentar. Fue “uno” hace mucho tiempo, pero, en la Liturgia de la Eucaristía, está inmediatamente presente “para todos,” en cada lugar y en cada época.

La Liturgia de la Eucaristía se divide en tres secciones: La Preparación de las Ofrendas, la Oración Eucarística y la Sagrada Comunión.

La Preparación de las Ofrendas

Ahora el sacerdote o el diácono prepara el altar, a veces asistido por los monaguillos. Las ofrendas — de vino y pan sin levadura — son llevados al altar. La comunidad, unida como el cuerpo de Cristo, presenta sus ofrendas para ser ofrecidas por el sacerdote mientras los eleva con una oración de bendición. Puede hacer esta en silencio, mientras la congregación canta un himno, o puede recitar las oraciones en voz alta, con la gente respondiendo: “Bendito seas por siempre Señor.” Las bendiciones que se oran se basan en fórmulas que han sido utilizadas por el pueblo de Dios durante miles de años.

El sacerdote vierte el vino en un recipiente sagrado, llamado cáliz, junto con una pequeña cantidad de agua. La mezcla de vino y agua significa muchas cosas: la sangre y el agua que salieron del costado de Jesús después de su muerte (Juan 19:34), la naturaleza divina y humana en Jesucristo y la comunión de nuestra debilidad con la fuerza de Jesús. En este momento, también, la congregación puede tomar una colecta de donaciones, para ser utilizadas para el mantenimiento de la iglesia y la ayuda de los pobres. Estas ofrendas monetarias se colocan al pie del altar.

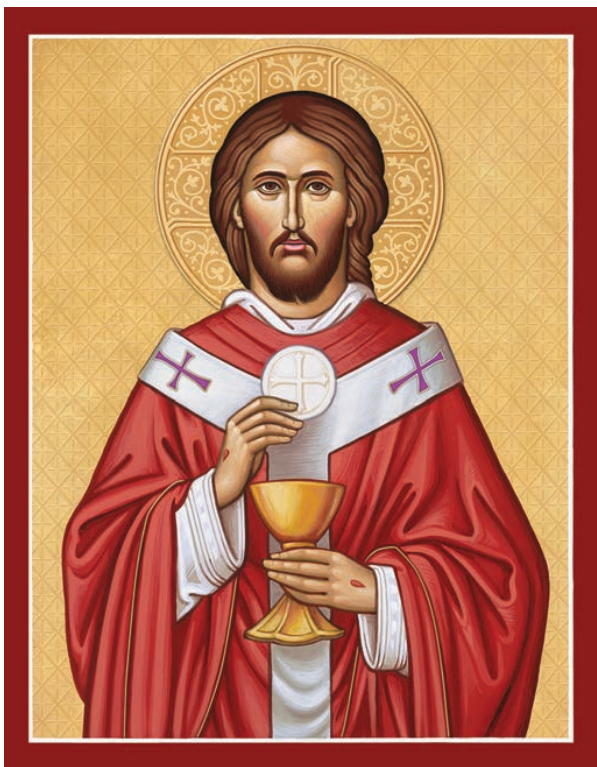
La Oración Eucarística

Esta es la pieza central de la Liturgia de la Eucaristía y, de hecho, de la Misa. Todas las demás partes de las que hemos hablado (las oraciones, las lecturas, la recitación del credo) pueden incorporarse en otros servicios y eventos. La Oración Eucarística, sin embargo, sólo puede ser usada en la Misa; es la oración la que le da a la Misa su carácter distintivo.

Está precedida por una breve oración llamada prefacio, que concluye con el canto o recitación del *Sanctus*: “Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos ...” El *Sanctus* aparece dos veces en la Biblia, una vez en el Antiguo Testamento (Isaías 6:2-3) y una vez en el Nuevo Testamento (Apocalipsis 4:8). En ambos lugares, surge de los serafines en el cielo como la adoración y ante el trono de Dios. Cantado ahora, el *Sanctus* significa la unión del cielo y la tierra que tiene lugar en la Misa.

La Oración Eucarística en sí misma es una oración larga y sólo puede ser ofrecida por un sacerdote ordenado. Él ora como el representante de la comunidad de adoración, y ora “en la persona de Cristo,” habiendo sido incorporado a Jesús a través de su ordenación, el sacramento del orden sagrado. En este punto de la Misa, ya no es el sacerdote quien ofrece el sacrificio, sino Jesucristo a través del sacerdocio ministerial del sacerdote quien “hace la ofrenda de su propio Cuerpo y Sangre.” Cristo es a la vez sacerdote y víctima en la Misa.

La congregación también ha sido incorporada a Cristo en el “sacerdocio común,” que todo católico ha recibido en el bautismo. Por lo tanto, cada persona bautizada en la Misa tiene el poder de unir su vida y todo lo que hay en ella, a las ofrendas en el altar.



Cortesía de MonasteryIcons.com

El Concilio Vaticano Segundo (1962-1965) habló de esto en el más poderoso sentido: *"Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios (cf. 1 Pedro 2:5), porque en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios"* (*"Lumen Gentium," n° 34*).

¡Ese es el poder que existe con tan solo asistir a la Misa! Consagramos el mundo a Dios. Lo ofrecemos con las ofrendas de pan y vino en el altar; y con esos dones el mundo se transforma. Porque, durante la Oración Eucarística, esos humildes dones, "frutos de la tierra, y el trabajo de los hombres" — se convierten en lo que uno de los primeros cristianos, San Ignacio de Antioquía, llamó la misma "carne de Jesucristo" y la "sangre de Dios."

Dentro de la Oración Eucarística, Jesús, el Sumo Sacerdote, a través del sacerdote ministerial en la Misa, reza la "narración de la institución" que se encuentra en tres de los Evangelios: Mateo, Marcos y Lucas, así como en la Primera Carta de San Pablo a los Corintios. Jesús les dijo a sus discípulos que "hicieran esto en conmemoración mía" (Lucas 22:19, 1 Corintios 11:24-25), y así hacemos lo que Él pide. La acción sigue siendo suya, por lo que no es simplemente un acto psicológico de recuerdo. Hace lo que él dice que hace. Hace que el pan se convierta en su Cuerpo y el vino en su Sangre. En palabras de los antiguos catecismos, la acción "afecta lo que significa."

El libro ritual de la Iglesia, el *Misal Romano*, incluye varias oraciones eucarísticas, y el sacerdote puede elegir cualquiera de ellas. Algunas son mucho más largas que otras. Algunas son muy antiguas en sus orígenes; y algunas han sido compuestas recientemente. Algunas tienen propósitos especiales. Hay una Oración Eucarística, por ejemplo, compuesta especialmente para Misas con muchos niños pequeños. Hay oraciones eucarísticas para la reconciliación, para ser utilizadas en tiempos de guerra o disturbios sociales.

Todas las oraciones eucarísticas tienen ciertos elementos, o movimientos, en común. Hay palabras de acción de gracias, hay una *epiclesis* o invocación del Espíritu Santo, cuando el sacerdote extiende sus manos sobre las ofrendas del pan y el vino.

En esta narración de la institución, ya mencionada anteriormente, hay un movimiento de *anamnesis*, que en griego significa "remembranza," cuando el sacerdote recuerda la vida, la muerte, la resurrección y la glorificación de Jesús. Hay intercesiones y una oración final de "doxología" — el término proviene de las palabras griegas "una palabra de alabanza." En la doxología, el sacerdote eleva las ofrendas y se refiere a ellas en términos personales: "Por Cristo, con él y en él ..." En otras palabras, ensalza la Eucaristía como al mismo Jesús, porque está realmente presente en la Santa Cena. La congregación se une a esta alabanza respondiendo "Amén." Esta conclusión a veces se llama "El Gran Amén."

El Rito de la Comunión

Cristo viene a nosotros no sólo para mantenerse a distancia, sino para estar unido con nosotros, y con cada uno de nosotros, para mezclar su carne y sangre con nuestro carne y sangre. Eso es lo que tiene lugar en el Rito de Comunión en la Misa. Comenzamos esta parte de la Misa orando en las palabras que Jesús nos enseñó, el "Padre Nuestro." Nos atrevemos a llamar a Dios "Padre" porque somos uno con Jesús, que es el Hijo eterno de Dios. Es nuestra Comunión con Jesús la que hace esto posible. En esta oración pedimos "nuestro pan de cada día", que los primeros cristianos interpretaron en un sentido eucarístico. En la Misa, Dios da a la Iglesia su sustento.

Seguimos el Padre Nuestro intercambiando un Signo de Paz. Esto varía de una cultura a otra. En algunos lugares del mundo, las personas hacen una reverencia. En nuestro país se acostumbra a darse la mano. Hacemos las paces de esta manera porque Jesús nos lo pidió. En el Sermón de la Montaña, dijo: "Por eso, si tú estás para presentar tu ofrenda en el altar, y te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí mismo tu ofrenda ante el altar, y vete antes a hacer las paces con tu hermano; después vuelve y presenta tu ofrenda" (Mateo 5:23-24).

Procedemos entonces a cantar el Cordero de Dios (en latín, *Agnus Dei*). Este es un antiguo himno basado en la proclamación de San Juan Bautista: "He aquí, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). Identificamos este "Cordero," como lo hace la Biblia, con el Jesús eucarístico. Recuerda las palabras de San Pablo: "Porque nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido sacrificado. Por tanto, celebremos la fiesta ... con panes sin levadura de sinceridad y de verdad" (1 Corintios 5:7-8).

Después, el sacerdote parte la hostia, como Jesús partió el pan sin levadura en la Última Cena, y lo eleva, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios ..." La congregación responde con otra línea adaptada del Evangelio: "Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastara para sanarme" (Mateo 8:8).



Entonces, nuestro camino está despejado. Si somos católicos practicantes, y conscientes de no haber cometido ningún pecado mortal desde nuestra última confesión y de haber ayunado durante al menos una hora, entonces podemos acercarnos al altar para la Sagrada Comunión. “Uno no debe celebrar la Misa o recibir la Sagrada Comunión en el estado de pecado mortal sin haber buscado el sacramento de la reconciliación y haber recibido la absolución. Como la Iglesia ha enseñado constantemente, una persona que recibe la Sagrada Comunión mientras está en un estado de pecado mortal no sólo no recibe la gracia que el Sacramento transmite; si no que comete el pecado de sacrilegio al no mostrar la reverencia debida al sagrado Cuerpo y Sangre de Cristo” (“El Misterio de la Eucaristía en la Vida de la Iglesia,” no. 47).

Si no podemos cumplir con estos requisitos, podemos permanecer en nuestro banco y orar en silencio para recibir la “comunión espiritual,” invitando a Jesús a entrar en nuestros corazones y permanecer allí. Tales oraciones son eficaces, ¡y subutilizadas! Son apropiadas para rezarse en este momento de la Misa, cuando sea necesario. Pero también pueden ser recitadas en otros momentos, fuera de la Misa, y debería serlo.

Procedemos a la Sagrada Comunión y debemos avanzar reverentemente, concentrándose en la importancia del evento. Si estamos recibiendo la Hostia en la lengua, debemos abrir la boca de par en par y hacer que nuestra lengua sea fácil de alcanzar, moviéndola hacia adelante. Si estamos recibiendo en nuestras manos, debemos colocar nuestra mano dominante debajo de la otra, y luego usamos nuestra mano dominante para llevar la hostia a nuestra boca. Debemos tener cuidado de consumir cualquier partícula que quede en nuestras manos, recordando que cada pequeña partícula de la Hostia contiene a Jesús en su totalidad.

Consumimos la Hostia. Nos comemos la Hostia. Logamos lo imposible: lo finito contiene lo infinito. Dios Todopoderoso viene no sólo a morar entre nosotros, sino dentro de nosotros, en la comunión más cercana que se pueda lograr. Cuando estemos en el cielo no estaremos más cerca de él, aunque entonces “lo veremos cómo es” (1 Juan 3:2). En ese momento debemos hablar con Jesús íntimamente, en silencio, en nuestros corazones, alabándolo, agradeciéndole y diciéndole nuestras preocupaciones más profundas. Esta es una oración poderosa, capaz de transformar nuestras mentes y nuestras vidas. Debemos prestar toda nuestra atención a Jesús. Si hay un himno, podemos cantarlo a Jesús. Si no lo hay, podemos disfrutar del silencio.

Lo que rompe el silencio es una breve oración final, luego una bendición y luego una despedida. Puede parecer extraño, después de muchas largas oraciones que son ricas en poesía, que alcancemos la meta, la Sagrada Comunión — y luego seamos enviados tan abruptamente. Pero la Misa toma su nombre de ese despido. Las palabras finales de la Misa en latín son “*Ite, missa est.*” — que, más o menos traducidos, son “Ve, se envía.” De *missa* derivamos muchas otras palabras en y todas ellas son relevantes: Misa, misión, comisión.

Al llamar a su forma suprema de oración “la Misa,” la Iglesia nos dice que estamos fortalecidos por el Pan de ángeles para hacer la obra de Cristo en el mundo. Somos enviados a evangelizar a nuestro prójimo y santificar el mundo a través de nuestro trabajo. En nuestros pensamientos y nuestras acciones, debemos traer el cielo a la tierra, tal como lo hace Jesús en la Misa. ¡No tenemos tiempo que perder!

En nuestros pensamientos y nuestras acciones, debemos traer
el cielo a la tierra,

tal como lo hace Jesús en la Misa.

Parte V — Redescubriendo el Poder y la Belleza de la Misa

Mis hermanos y hermanas, si fueran la única persona que alguna vez vivió, Jesús todavía habría muerto en la cruz por ti; sólo por ti. Todo debido a su gran amor por ti, Jesús todavía habría celebrado la Cena del Cordero, soportado la pasión de la muerte sangrienta en la cruz y resucitado de entre los muertos, ¡solo por ti!

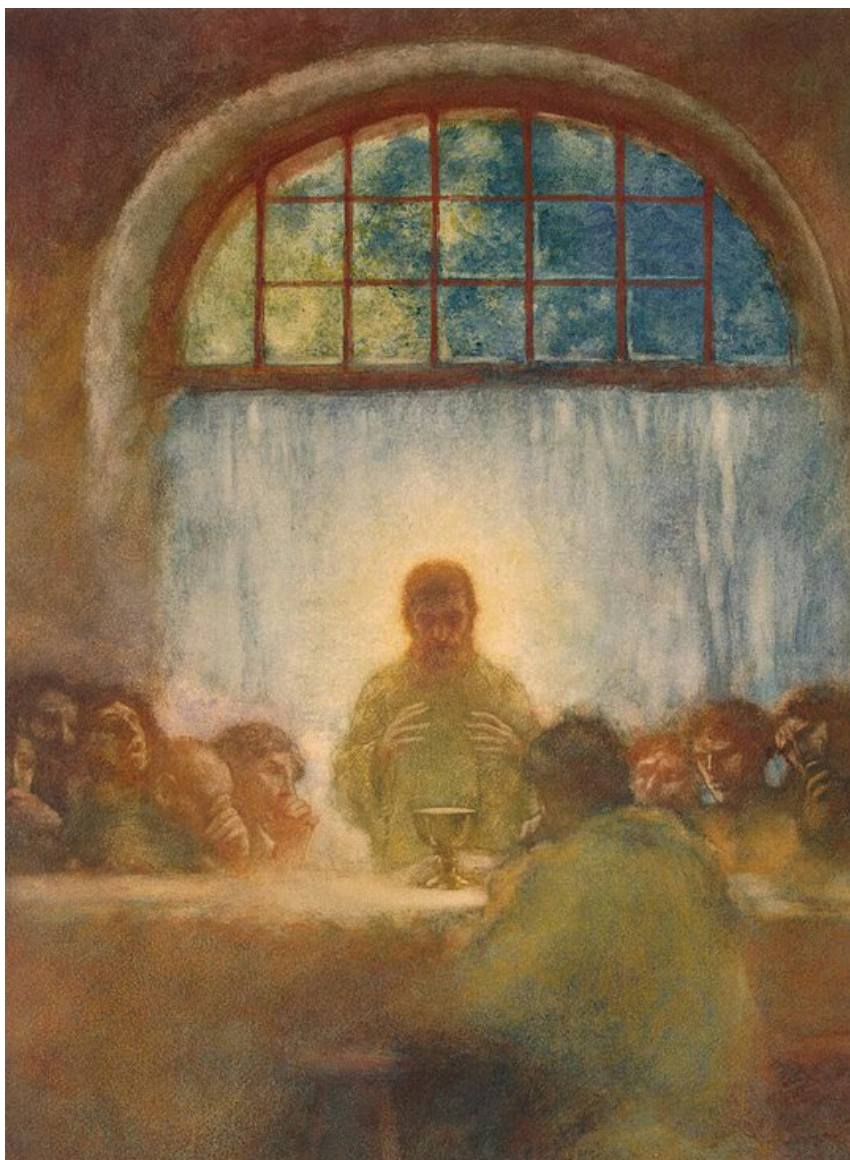
Durante estos años de Adoración a Jesús, los animo a todos y cada uno de ustedes, ya sea en el liderazgo como sacerdote o pastor, diácono o líder pastoral, feligrés o ministro litúrgico, o como individuo, o esposo o esposa, una persona soltera o pareja casada, como familia, joven o anciano, niño o adolescente, **los invito a todos a descubrir personalmente el amor de Jesús por ti, expresado perfectamente en el sacrificio y la celebración de la Santa Misa.**

Los invito a descubrir, quizás por primera vez, o a redescubrir la belleza de la Misa, así como adentrarse en el misterio del más grande amor. Jesús celebró la primera Misa con sus discípulos el Jueves Santo por la noche, la noche antes de su pasión, de su muerte en la cruz y resurrección de entre los muertos. Es a través de todo esto que dejó el gran legado de la

Misa como nuestro punto de entrada en esta gran e inmensa belleza del sacrificio y celebración de la Misa, la cena del Señor. Conocer la Misa es muy importante para comprender este misterio más profundamente.

Mi invitación a todos y cada uno de ustedes es a entrar en la Misa, ya sea diariamente y/o cada domingo, más profundamente y más intencionalmente.

En esta sección, quiero que enfoquemos nuestros corazones y mentes en cómo orar la Misa, cómo amar la Misa y cómo vivir la Misa más intencionalmente, en nuestros hogares, parroquias, comunidades y el mundo.



Mi invitación a todos y cada uno de ustedes es a entrar en la Misa más profundamente y más intencionalmente.

Orando la Misa

Como con todas las cosas en la vida, las mejores cosas son las más simples y las más obvias. ¡A menudo son tan obvias que las ignoramos por completo! El tesoro de la renovación de la Iglesia ya está justo en medio de nosotros. No tenemos que inventar algo nuevo o añadir más adornos a la Misa. Necesitamos celebrar la Misa de la Cena del Señor con mayor conciencia y presencia de mente y corazón. Necesitamos dar lo mejor de nosotros mismos a adentrarnos cada vez que celebramos el Misterio Pascual; lo que significa un reingreso a la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, el hijo de Dios, el Verbo a través del cual se ha establecido toda la creación del universo y todas sus partes, el Verbo hecho carne. La Eucaristía es pan que es carne y carne que es DIOS. ¡Ahora eso es un *mysterium tremendum*, un misterio tremendo, ¡que es a la vez muy atractivo y al mismo tiempo demoledor y aterrador!

Para vivir y celebrar bien la Misa debemos entrar en cada Misa con toda nuestra mente y corazón puestas en las palabras que decimos o que se recitan públicamente y en acciones que realizamos en ese momento. En otras palabras, en lo que nos sea posible, necesitamos *prestar atención* a lo que está sucediendo en cada momento y adentrarnos en la Sagrada Liturgia estando verdaderamente atentos a la presencia de Dios en todas y cada uno de las palabra y acciones. Podemos hacer esto en calma y oración prestando atención a lo que se está desarrollando. Podemos empezar por darnos cuenta de la presencia del Espíritu Santo que vivifica las palabras y acciones sagradas en las que estamos tan humildemente adentrándonos, momento a momento, palabra por palabra, acción por acción. Así simplemente, con este ejercicio intencional y pacífico, de atención el momento presente, ya sea como Sacerdote que celebra, como católico nuevo en la banca, como una persona que ha asistido a la Misa toda su vida nunca es demasiado tarde demasiado pronto para entrar en la belleza de la Misa.

Debemos tener en cuenta que la Misa se trata de ofrecer al Padre los dones de nuestras vidas en cada domingo o todos los días en la Misa diaria.

Damos toda la gloria y el honor en, a través de y con Jesucristo como Él se ofrece a sí mismo, su propio cuerpo, como un cordero de sacrificio, en unión con el Espíritu Santo.

Cada vez que entramos en la Misa, no estamos repitiendo el sacrificio, sino entrando en el mismo sacrificio ofrecido por Cristo en el Misterio Pascual. Estamos dando adoración al Padre, junto con, en y a través de Jesucristo mismo por el poder del Espíritu Santo. Qué honor, un honor que ninguno de nosotros está haciendo, pero sin embargo el Señor Jesús nos ha instruido a "*hacer esto en memoria de mí,*" cada uno desde su propio lugar o papel en la Sagrada Liturgia.

La Misa se trata de ofrecer al Padre
los dones de nuestras vidas.



Estoy convencido de que, si nos acercamos a la Sagrada Liturgia prestando más atención enfocados y con mayor humildad ante la acción sagrada en la que nos estamos adentrando y realizando, el Señor honrará nuestras intenciones y trabajará para atraer a él lo mejor de nuestras intenciones, palabras y acciones y nos transformará en el proceso. **La Misa no es entretenimiento, es un drama, un drama divino que no entretiene, sino que místicamente nos mueve más profundamente en la realidad del sacrificio de entrega del Señor, ofrecido al Padre por la salvación de toda la humanidad; todas y cada una de las personas y de todas y cada una de las épocas de la historia humana.**

En el documento del Concilio Vaticano II, se utiliza el término “*ars celebrandi*,” que significa el “arte de celebrar.” En los términos más breves, esto significa la manera en que el sacerdote, inspirado por el Espíritu Santo y guiado por la Iglesia, utiliza los diversos elementos del ritual (palabras, gestos, vestimentas, música, etc.) para manifestar el rostro vivo de Cristo a la asamblea orante. El ministro de la Eucaristía no puede celebrar los sacramentos como un robot, ni su creatividad puede llevarlo fuera del guion. Todos y cada uno de nosotros, y especialmente el sacerdote y otros ministros, somos servidores de la liturgia. El arte de celebrar los sacramentos es el acto de permitir que el Espíritu Santo anime el alma de la liturgia de la Iglesia.

Nuestra responsabilidad es ser claros y transparentes en la celebración de la Misa. **La Misa comunica, une e imita a Cristo crucificado, resucitado y triunfante mientras da alabanza, adoración y honor al Padre.** Orar la Misa nos ayudará a cada uno de nosotros reunidos para la adoración dominical a hacer lo que estamos llamados a hacer como *Discípulos Llamados a Adorar*.

Preparación Para la Misa

Cualquier evento importante requiere preparación, y la Misa (como hemos visto) es el evento más importante de todos. Los solicitantes no solo se presentan a una entrevista de trabajo. Ellos se preparan. Los compradores no solo se presentan para cerrar la compra de una casa. Hay mucho que hacer de antemano. Bueno, desde los inicios del cristianismo, los creyentes se han estado preparando para la Misa de una manera importante: el sacramento de la reconciliación. La instrucción en la Didache, del primer siglo, no podría ser más clara: “Pero cada día del Señor congréguense, partan el pan y den gracias después de haber confesado sus transgresiones, para que su sacrificio sea puro.” Todavía lo hacemos hoy.

Necesitamos hacer esto, porque todos pecamos y estamos destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23), e incluso los justos caen con bastante frecuencia (Proverbios 24:16). Debemos confesar nuestros pecados sacramentalmente al menos una vez al mes, si no más a menudo. Es importante que los sacerdotes utilicen sus homilías para recordar a los fieles esta tradición — para ponerse a disposición de manera natural para escuchar confesiones — y para aprovechar ellos mismos el sacramento. Cuando vamos a Misa, nos estamos acercando a un lugar Santo, el tribunal del cielo, la presencia real y sustancial de Dios. Debemos prepararnos para esto. “La obligación de asistir a Misa cada domingo, día del Señor, en el que conmemoramos la resurrección de Jesús y en otros días de obligación es, por tanto, una expresión vital de nuestra unidad como miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia” (“El Misterio de la Eucaristía en la Vida de la Iglesia,” no. 28).

La Misa es una oración poderosa. Estamos obligados a asistir a ella todos los domingos y en otros ciertos días de obligación especificados por la Iglesia. La tradición católica nos da muchas maneras de encender y renovar el fuego de la devoción eucarística y hay cinco prácticas que quiero mencionar. Estas “Cinco Prácticas Vivas” nos ayudarán a vivir la Misa.

Parte VI — “Cinco Prácticas Vivas” para Vivir la Misa

1. Misa

Para la mayoría de los católicos, nuestro contacto principal con la vida de nuestras parroquias será en la misa dominical. Es nuestra oportunidad de encontrar a Cristo en el sacramento de la Eucaristía. Como tal, la Misa es un poderoso instrumento para la evangelización, y se debe hacer todo lo posible para cultivar un ambiente que fomente el discipulado intencional durante la Misa dominical. La atención y el cuidado deben dirigirse especialmente al proceso de acogida, la música, la predicación y a la integración de familias con niños pequeños en la comunidad. También se debe prestar atención en vincular la Misa dominical y una vida de discipulado. Esto significa conectar el domingo con nuestra vida cotidiana.

El Directorio Nacional de Catequesis publicado por la USCCB llama a todas “personas a una integración más efectiva de la oración diaria en sus vidas, especialmente la antigua práctica de rezar los salmos y la Liturgia de las Horas de la Iglesia, la contemplación de los misterios de la vida de Cristo a través del rosario y una mayor reverencia de la Eucaristía a través de la adoración del Santísimo Sacramento.”

La adoración implica no sólo la participación en la misa dominical, sino también la celebración de los sacramentos. Es al participar en los sacramentos y los sacramentales de la vida católica que surgen discípulos creíbles. Mantener a Jesús en el centro de nuestras vidas encuentra su expresión más plena en la Misa.

Les recuerdo a todos los católicos que asistan a misa todos los domingos. Es una obligación que lleva el peso del pecado mortal faltar a la Misa el domingo. Si se ha perdido la misa dominical, por favor traiga esto a la confesión antes de su próxima misa dominical. Además, trate de ir otro día entre semana o dos si es posible. Puede ser una experiencia muy diferente, más tranquila y enfocada. Algunas personas incluso tienen la costumbre de asistir todos los días. Intente aumentar su asistencia a la Misa incluso en una Misa entre semana durante un tiempo, luego agregue otra. ¡le sorprenderá de cómo aumenta tu deseo por Jesús! La asistencia regular a la Misa fortalece nuestra fe a través de las Escrituras, el Credo, otras oraciones, la música sacra, la homilía, recibir la Comunión y ser parte de una comunidad de fe. Invitar a alguien a misa — una invitación personal puede hacer toda la diferencia para alguien que se ha alejado de la fe o se siente extraviado de la Iglesia.

Lo que trae gozo es el amor de Cristo y la comprensión de que somos parte del glorioso Cristo resucitado. Somos parte de su cuerpo místico y, por lo tanto, ¡nunca estamos solos! No debemos ver el domingo simplemente como un día de obligación, sino como un día para celebrar la resurrección con alegría. No es un día para oprimirnos, sino para liberarnos, como el Evangelio de Marcos nos recuerda que “el día de descanso no fue hecho para el hombre, sino el hombre para el día de descanso” (2:27). Debemos celebrar siempre la Eucaristía dominical con la alegría de Cristo, que encontramos como el que nos ama y nos salva.



2. Lectio Divina

Lectio divina es una palabra latina, que significa "lectura divina" o más a menudo traducida como "espiritual." Lectura de la Sagradas Escrituras en las que gradualmente dejamos ir nuestra propia agenda y nos abrimos a lo que Dios nos quiere decir. Las Escrituras ofrecen acceso de primera mano a la palabra de Dios y cuentan la historia de salvación. Los católicos

pueden orar con las Escrituras a través de un método conocido como lectio Divina, para estar más en sintonía con la palabra de Dios. Además, de hacer oraciones de comunión espiritual cuando sea posible. He aquí una oración corta y tradicional: *Deseo, mi Señor, recibirte, con la pureza, humildad y devoción con que tu Santísima Madre te recibió, con el espíritu y el fervor de los santos.*

Una clave significativa para revitalizar la vida de nuestras parroquias, nuestras comunidades y nuestras propias vidas de oración es esta antigua práctica de la lectio divina. En "Evangelii Gaudium", párrafo 264, el Papa Francisco nos recuerda que "la mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás."

La primera etapa en el proceso es la *lectio* (lectura), donde leemos la palabra de Dios, lenta y reflexivamente para que pueda echar raíces en nosotros. Permitimos que las palabras y/o los versículos capturen nuestros corazones mientras Dios les habla.

La segunda etapa es la *meditatio* (reflexión), donde reflexionamos en el texto que hemos elegido y lo meditamos en nuestros corazones para que podamos tomar de él lo que Dios quiere darnos. A través del pasaje de las Escrituras, podemos imaginarnos en la escena, las imágenes, los sonidos y los pensamientos que vienen a nuestra mente para adentrarnos aún más profundamente en el pasaje.

La tercera etapa es la *oratio* (respuesta), donde dejamos de lado nuestro pensamiento y simplemente dejamos que nuestros corazones hablen a Dios. Esta respuesta está inspirada por nuestra reflexión sobre la palabra de Dios. Esta etapa nos mueve a una respuesta de oración mientras conversas con el Señor.

La etapa final de la lectio divina es el *contemplatio* (descanso), donde dejamos ir nuestras propias ideas, planes y meditaciones y simplemente descansamos en la palabra de Dios, un descanso santo que nos renueva y sostiene. A través de esta fase, nuestra atención se centra en Dios, y nos permites refrescarnos y restaurarnos para un nuevo comienzo.



Lectio Divina — Orar con las Escrituras

Esta antigua tradición es una hermosa forma de orar con la Biblia y es fundamental para la Nueva Evangelización, para que nuestros miembros se llenen de energía continuamente en la palabra de Dios, tanto en la Misa como en nuestra propia oración personal o grupal.

El Proceso de la Lectio Divina

1. Lectio — Lectura

- Seleccione un pasaje de las Escrituras.
- Lea el pasaje varias veces y permita que las palabras capten su atención y su ser. De esta manera, comienza a escuchar mientras Dios le habla a su corazón.

2. Meditatio — Meditación

- Durante esta fase, busque adentrarse en la mente de Cristo y aprender lo que Él quiere revelarle.
- A medida que lee, ciertas palabras, frases o incluso pensamientos pueden haber venido a tu mente. Tómese un tiempo durante esta etapa para considerar por qué estas frases y palabras podrían haber venido a su mente. Imagínate como un espectador en el pasaje de las Escrituras, reflexionando sobre lo que ve, escucha, saborea, toca y a qué o a quién se sientes atraído.
- Considere cómo las palabras se relacionan con su vida hoy. Al final de su oración, deje de escribir y hablar. Concéntrese en el Señor, descanse en Él y disfrute de estar cerca de Él en el amor.

3. Oratio — Orando

- Durante esta fase, ore desde su corazón y responda a lo que Jesús le ha hablado en las palabras de las santas Escrituras.
- Permita que la gracia de estas palabras, imágenes y pensamientos lo mueva a una oración sincera.
- Pídale personalmente ayuda a Jesús, guía, perspicacia y dirección. Encuéntrase hablando con Él de forma natural.

4. Contemplatio — Contemplación

- Durante este tiempo, encuéntrase con y en el Señor. Descanse en su presencia para que el núcleo mismo de su ser quede quieto.
- Centre tu atención en Dios.
- Permita que la palabra de Dios despierte en usted el valor, la fuerza, la energía y la guía para un nuevo comienzo.

“Hay una manera particular de escuchar lo que el Señor quiere decirnos en su palabra y de dejarnos transformar por el Espíritu. Es lo que llamamos lectio divina.

Consiste en leer la palabra de Dios en un momento de oración y permitir que nos ilumine y nos renueve.”

— Papa Francisco (“Evangelii Gaudium,” párr. 152)

“Quisiera, en particular, recordar y recomendar la antigua tradición de la lectio divina: la lectura diligente de la Sagrada Escritura acompañada de la oración produce ese diálogo íntimo en el que la persona que lee escucha a Dios que habla y al orar, le responde con confiada apertura de corazón. Si se promueve de manera efectiva, esta práctica traerá a la Iglesia, estoy convencido de ello, una nueva primavera espiritual.”

— Papa Benedicto XVI (Discurso conmemorativo del 40 aniversario de “Dei Verbum”)

“Es especialmente necesario que la escucha de la palabra de Dios se convierta en un encuentro vivificante, en la antigua y siempre válida tradición de la lectio divina, que extrae del texto bíblico la palabra viva que cuestiona, dirige y da forma a nuestras vidas.” — San Juan Pablo II (“Novo Millennio Ineunte,” párr. 39)

3. Adoración Eucarística

La importancia de la Adoración Eucarística se muestra en el hecho de que la Iglesia tiene un ritual que la rige llamado: el Rito de la Exposición Eucarística



y la Bendición. Esta es una extensión de la adoración al Santísimo Sacramento que ocurre en cada misa: “Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.”

Muchas personas se preguntan qué hacer en adoración. La palabra de Dios nos da la respuesta. En los salmos se nos insta a “estar quietos y saber que yo soy Dios.” Lo importante es que esté aquí. Dese el don de la paz y la tranquilidad con el Rey de la Paz en la Adoración Eucarística. Santa Catalina Labouré nos recuerda que el silencio es un maestro magistral, porque es en la quietud donde Dios habla. Ella dijo: “Cada vez que voy a la capilla, me pongo en presencia de nuestro buen Dios, y le digo: ‘Señor, aquí estoy. Dime lo que quieres que haga.’ ... Y luego, le digo a Dios todo lo que hay en mi corazón. Le cuento mis penas y mis alegrías, y luego escucho. Si escucha, Dios también le hablará, porque con Él, buen Dios, tiene que hablar y escuchar. Dios siempre le habla cuando se acerca a Él de manera clara y sencilla.”

Encuentre una iglesia que mantenga sus puertas abiertas y haga visitas ocasionales (o regulares) al tabernáculo donde la Eucaristía está reservada y Jesús permanece verdaderamente presente. Si tiene algún puesto en el Iglesia — si es sacerdote, diácono, maestro, catequista, lector, cantor — Le recomiendo encarecidamente que considere tomar la práctica de una Hora Santa diaria ante el tabernáculo. Lo que está haciendo es tan importante, que necesita la gracia que viene sólo apoyados en la oración disciplinada e intensamente eucarística.

San Manuel González García, sacerdote y obispo español que fue canonizado recientemente, nos recuerda que “Jesús en nuestros tabernáculos no está simplemente presente en la forma en que una estatua estaría presente, sino que está presente como una Persona real y viva. Por lo tanto, estamos llamados a responderle, no sólo con nuestra presencia física, como si fuéramos una vela o un mueble decorativo, sino que debemos esforzarnos por estar presentes ante Él con toda nuestra mente y con todo nuestro ser. Es decir, debe haber una presencia corporal y espiritual. Si Jesús está presente en el tabernáculo con sus ojos mirándonos, entonces cuando estamos ante Él, debemos estar mirando a la sagrada Hostia con los ojos del cuerpo, así como con los ojos del alma, mirando hacia el interior de esa Hostia.”

Lo animo a llevar sus deseos más profundos al Señor en la Adoración Eucarística, Él lo está esperando. Mi deseo es que, en la Diócesis de Green Bay, a través del don de nuestras capillas de Adoración Eucarística, se ofrezcan oraciones por un aumento de las vocaciones cada hora de cada día. Debido a que las vocaciones, especialmente al sacerdocio, provienen de áreas de la diócesis donde los fieles se reúnen en torno a la Eucaristía en oración perpetua, pido un compromiso renovado de nuestras capillas de Adoración Eucarística para que estén abiertas y disponibles para todos.

4. Confesión



El sacramento de la reconciliación contiene los elementos de conversión, confesión y celebración. Es este sacramento el que nos cambia, nos desafía y nos equipa como discípulos de nuestro Señor, Jesucristo, para llegar a los demás y transformar el mundo para Cristo. San Juan Pablo II dice en “Novo millennio ineunte,” párrafo 37, que “es este rostro de Cristo el que debe ser redescubierto a través del Sacramento de la Penitencia.”

El sacramento de la reconciliación nos pone en contacto íntimo con Jesús, donde somos liberados de los pecados que perturban nuestros corazones y mentes y experimentamos el perdón incondicional y la misericordia de Dios para que podamos ser una fuente viva de perdón y misericordia para los demás. Cuando esta liberación ocurre a través del sacramento de la reconciliación, estamos en mejor disposición de proclamar el Evangelio con palabras y hechos.



Un enfoque renovado del sacramento de la reconciliación debe ser alentado en la parroquia con una invitación explícita a aquellos que asisten regularmente a la confesión, aquellos que asisten esporádicamente y aquellos que no asisten en absoluto. Dediquemos tiempo a reflexionar sobre las razones por las que las personas no vienen a confesarse. Es posible que no tengan una relación personal con Cristo o un sentido de pecado, pueden necesitar más catequesis con respecto a la Eucaristía, pueden tener miedo porque no lo han hecho en muchos años, pueden haber tenido una mala experiencia en el pasado o que las ocasiones que la confesión está disponible son limitadas y no convenientes. Al igual que ir a misa, podemos encontrar fortaleza y crecer más profundamente en la fe a través de la participación en el sacramento de la penitencia y la reconciliación.



La confesión nos insta a volver a Dios, expresar nuestro dolor por quedarnos cortos y abrir nuestras vidas al poder de la gracia sanadora de Dios. Este sacramento perdona las heridas del pasado y proporciona fuerza para el futuro. Si no ha estado en algún tiempo, por favor no tenga miedo. El Señor nos espera en el sacramento de la reconciliación. Todos los católicos están obligados a ir una vez al año, y el Adviento y la Cuaresma son momentos particularmente importantes para confesarse. Si va un par de veces al año, considera ir con más frecuencia.

5. El Rosario



El rosario es una oración basada en las Escrituras y comienza con el Credo de los Apóstoles, que resume los grandes misterios de la fe católica. El Padre Nuestro, que introduce cada misterio, es de los Evangelios. La primera parte del Ave María son las palabras del ángel anunciando el nacimiento de Cristo y el saludo de Isabel a María. San Pío V añadió oficialmente la segunda parte del Ave María. Los misterios del rosario se centran en los acontecimientos de la vida de Cristo. Hay cuatro misterios: los gozosos, dolorosos y gloriosos y — en el 2002 San Juan Pablo II añadió — los luminosos.

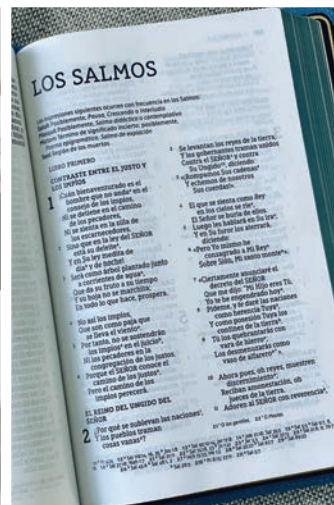
Según nuestra tradición católica, el rosario fue instituido por la Santísima Virgen María. En el siglo 13, la Santísima Virgen se apareció a Santo Domingo (fundador de los dominicos), le dio un rosario y le pidió que todos los católicos rezáramos el Ave María, el Padre Nuestro y el Gloria. Si no has rezado el rosario en algún tiempo o no lo has rezado todos los días, este es un gran momento, con todos los disturbios en el mundo es tiempo para volver a rezar el rosario.

Comencé a rezar el rosario cuando era niño en las rodillas de mi madre. A medida que he crecido en mi vida espiritual, he notado que la Santísima Madre es tan solícita. Cuando le pides algo, ella siempre responde. No he tenido una sola oración sin respuesta. No siempre fue lo que quería o lo que esperaba, ¡pero casi siempre era mejor de lo que había pedido! Rezar el rosario es una forma poderosa de restaurar el orden en su propia vida espiritual y un gran refuerzo para la calidad de vida espiritual en el hogar cuando toda la familia ora junta. Recen el rosario tan seguido como puedan, individualmente o con su familia o en un grupo pequeño.

Hay muchas personas que ya no saben cómo rezar ni siquiera las oraciones comunes de la Iglesia. Muchos no saben cómo rezar el rosario. Por favor, compartan esta hermosa forma de oración con otros, especialmente con aquellos que no conocen el significado básico del rosario o cómo rezarlo. Esta es también una manera de dar testimonio y compartir la alegría de formar discípulos. Hay personas en nuestras parroquias a las que les encantaría rezar el rosario y enseñar a otros a orar.

"CINCO PRÁCTICAS VIVAS"

Misa | Lectio Divina | Adoración Eucarística | Confesión | El Rosario



Parte VI — Enviados Como Discípulos en Misión

La Misa dominical es el ancla de nuestras vidas como católicos y es un gran privilegio escuchar la palabra de Dios todos los domingos y todos los días si lo deseamos. Este es un poderoso alimento de nuestra mente, nuestra alma y nuestras actividades diarias. A medida que nos esforzamos por seguir mejor a Jesús cada día y cada semana, para recibir su cuerpo, sangre, alma y divinidad, debemos reconocer que este es un privilegio insondable. Celebrar con el cuerpo de Cristo, la Iglesia, el pueblo de Dios en nuestra parroquia y en nuestras comunidades es un gran don. Estar unidos con los católicos celebrando la misma Misa en todo el mundo es, de hecho, un gran privilegio.

Como mencioné anteriormente, la Misa proviene de la palabra latina “*missa*” y lleva dentro de sí la misión que se nos ha confiado. La Misa concluye con las siguientes opciones que dejan bastante claro que estamos siendo enviados a la misión: “La Misa ha terminado, vayamos en paz.” “Anuncien a todos el Evangelio del Señor.” “Glorifiquen al Señor con su vida.” “Pueden ir en paz.” Nuestra respuesta es siempre la misma: “¡Demos gracias a Dios!” ¿Qué otra respuesta es apropiada excepto glorificar y agradecer a Dios, quien nos envía a testificar en nuestros hogares, nuestros lugares de trabajo y nuestras comunidades?

Cuando escuchamos las palabras: “La Misa ha terminado, vayamos en paz,” nuestro trabajo como discípulos misioneros comienza de nuevo. Con estas palabras, compartimos la misión de Cristo al llevar su mensaje al mundo. La conclusión en la Misa nos invita a responder al mandato del Señor de “ir y hacer discípulos” por el testimonio fiel de nuestras vidas, tendiendo la mano a los perdidos, a los más pequeños y a los últimos.

La Misa termina, pero es entonces cuando comienza nuestro trabajo en el mundo.

Podemos hacerlo, pero sólo si invocamos el Santo Espíritu.



El Papel Inestimable del Espíritu Santo en la Sagrada Liturgia

Hace un par de años, los obispos de la Región VII (Illinois, Indiana y Wisconsin) y yo tuvimos la oportunidad de reunirnos personalmente con el Papa Francisco. Durante nuestro tiempo juntos, compartí con él el progreso que estamos haciendo en nuestro esfuerzo por construir una cultura de discipulado misionero. Él me animó (y nos animó) a “apoyarnos en el Espíritu Santo,” escuchando a dónde el Espíritu nos está guiando. También dijo que necesitamos recordar que no es necesario que llevemos el Espíritu Santo a los demás; el Espíritu Santo ya está allí. Simplemente ayudamos a las personas a darse cuenta de lo cerca que Dios está ya de ellos y les ayudamos a responder al amor de Dios. Recuerdo lo poderosas que se sentían sus palabras en ese momento.

Hay retos delante en el camino, mis queridos hermanos y hermanas en Cristo, pero nunca debemos olvidar que dos mil años después el Espíritu Santo está aquí con nosotros, en el amor constante de Jesús. Qué gran consuelo es, saber que el Espíritu Santo nos está guiando. De hecho, hay muchas personas de sabiduría avanzada y experiencia en el reino espiritual que creen que estamos en un lugar similar al de esos primeros seguidores. **Estamos siendo preparados por la Divina Providencia para una nueva efusión del Espíritu Santo — una que nos llama a cada uno de nosotros a un arrepentimiento más profundo del pecado, una que iluminará nuestras mentes y transformará nuestros corazones con el “fuego del Amor Divino” y nos obligará a testificar a los demás el poder de Dios en nuestras vidas.**

¡Ruego para que esto sea cierto!

Así que, con confianza, encomendémonos de nuevo al cuidado y a la guía del Espíritu Santo. Ese viejo himno que cantamos durante pentecostés es mucho más conmovedor y eficaz durante estos tiempos:

Ven, Espíritu Santo, Bendito Creador, y en nuestros corazones descansa; ven con Tu gracia y ayuda celestial, para llenar los corazones que has hecho, para llenar los corazones que Tú has hecho.

Invocamos el poder y la presencia del Espíritu Santo para llenar nuestros corazones de nuevo a medida que avanzamos como discípulos misioneros.

Encomendamos todos nuestros esfuerzos a la Santísima Madre, María, Madre de la Eucaristía.





María, Madre de la Eucaristía

Mi madre era una conversa a la fe católica, y mi padre a menudo decía que ella encarnaba el corazón de la fe. Sin embargo, fue mi padre quien llevó dentro de él la tradición viva del catolicismo como católico de cuna, y juntos transmitieron este legado vivo a sus hijos. Uno de sus dichos favoritos era: "Tengo a mis hijos como regalos de Dios para amar y cuidar." Ella hizo eso con cada uno de nosotros. Cuando era niño, tenía asma bastante grave. Eso fue en los días previos a los atomizadores u otras ayudas a los ataques de asma.

En medio de un ataque, mamá me llevaba en su regazo y rezaba el rosario. Su abrazo amoroso y su dependencia del don de la paz proporcionado por la Santísima Madre me ayudaron a recuperar el aliento y me dieron una paz profunda. ¡Qué regalo de una madre! ¡Soy un hombre bendecido!

No es sorprendente que mi madre mirara a María como su guía.

La madre de Jesús es la primera y la mejor de las discípulas. Ella fue la primera en conocerlo junto con San José. Ella lo cargo en su vientre, lo dio a luz y lo crio. Ella le enseñó e instruyó, pero también aprendió de ella sobre el Padre y el amor del Padre. Ella fue la primera de las discípulas y nuestro modelo de amor duradero, sacrificio paciente y testimonio gozoso. Ella es la más efectiva de todos los testigos, ya que ella, desde el cielo, todavía está guiando a la gente a su Hijo.

Una de las lecciones que podemos aprender de María es la importancia de poner la voluntad de Dios antes que la nuestra. Vemos esto más claramente en la Anunciación, cuando María dice "sí" a la voluntad de Dios de dar a luz a su Hijo, Jesús. Sabemos que esto no podría haber sido fácil para una joven que descubrió que estaba milagrosamente con un hijo, sin embargo, María dejó de lado lo que pudo haber sido su propio deseo de hacer lo que Dios le pidió. La voluntad de María de poner la voluntad de Dios antes que la suya propia también le permitió poner las necesidades de los demás antes que las suyas, que es la definición del amor. Su decisión de sacrificarse y rendirse a Dios es algo de lo que todos podemos aprender.

Al aprender a aceptar la voluntad de Dios, María también se resistió aceptar los desafíos y las dificultades. Vemos esto en las circunstancias del nacimiento de Jesús cuando, después de un largo viaje, María dio a luz a Jesús en un establo, entre los animales. También somos testigos de la fuerza de María en la crucifixión cuando, a pesar de ver a su hijo torturado y brutalmente asesinado, permanece al lado de Jesús hasta el final.

Al aprender a amar la Misa y a adorar a Dios el Padre de quien fluyen todas las bendiciones, la Santísima Madre sirve como nuestro testimonio y guía. María, Madre de la Eucaristía, enséñanos a amar la Eucaristía, tanto como amas a tu hijo, Jesús y a su cuerpo, la Iglesia Católica.

Somos excepcionalmente bendecidos por tener la única aparición mariana aprobada en los Estados Unidos. La aparición de la Santísima Madre a una joven inmigrante belga en 1859 cerca de Champion, Wisconsin, fue aprobada oficialmente por la Iglesia en 2010. Desde entonces, el número de peregrinos ha aumentado de alrededor de 10.000 por año a casi 200.000.

Muchos feligreses en nuestra propia diócesis nunca han estado allí para una visita. Espero con ansias en que un día no muy lejano cada parroquia traiga un autobús o más llenos en peregrinación para pedir la intercesión de Nuestra Señora del Buen Socorro para ellos y sus parroquias. Nuestra Señora da grandes dones de paz personal y un mayor deseo de orar y, a menudo, incluso sana a las personas físicamente. ¡Qué regalo!

Confiamos todos nuestros esfuerzos a Nuestra Señora del Buen Socorro que está tan presente para nosotros en la Diócesis de Green Bay.

San Pedro Julián Eymard, Apóstol de la Eucaristía, *rueda por nosotros.*

San Norberto, Apóstol de la Eucaristía, *rueda por nosotros.*

Santa Clara de Asís, *rueda por nosotros.*

Beato Columba Marmion, *rueda por nosotros.*

San Manuel González García, *rueda por nosotros.*

Beato Carlo Acutis, *rueda por nosotros.*

Santa Isabel de la Trinidad, *rueda por nosotros.*

Sinceramente tuyo en Cristo,



Obispo David L. Ricken, DD, JCL



Nuestra Señora del Buen Socorro,
¡rueda por nosotros!

Obispo David L. Ricken



David Laurin Ricken nació el 9 de noviembre de 1952, hijo de George William "Bill" y Bertha (Davis) Ricken en Dodge City, Kansas, el segundo de tres hijos, entre ellos Mark y Carol. Fue ordenado sacerdote el 12 de septiembre de 1980, y el 6 de enero de 2000, fue ordenado al Episcopado para la Diócesis de Cheyenne en la Basílica de San Pedro en Roma por Su Santidad, Juan Pablo II. El Papa Benedicto XVI nombro al Obispo Ricken el duodécimo obispo de la Diócesis de Green Bay el 9 de julio de 2008, fue instalado como obispo el 28 de agosto de 2008, en la Catedral San Francisco Xavier en Green Bay.

Desde la infancia, el Obispo Ricken ha tenido una devoción particular a la Santísima Virgen María, así como a San Francisco de Asís. Le gusta enseñar lo básico y guiar a las personas a reflexionar más profundamente sobre la belleza de la fe católica, especialmente a través de la oración contemplativa y la Oración del Corazón.

Recursos Recomendados

El Catecismo de la Iglesia Católica | La publicación del Catecismo universal de la Iglesia Católica ha solidificado y aclarado la posición de la Iglesia sobre nuestra atesorada tradición desde los días de la Iglesia primitiva y el florecimiento de la misión catequética de la Iglesia a lo largo de los siglos. El Catecismo ha sido un don único para la Iglesia y seguirá dando muchos frutos en el futuro. Exposición completa y precisa de la doctrina católica, contiene el contexto esencial y fundamental de la fe católica de manera completa y resumida. Presenta lo que los católicos de todo el mundo creen, celebran en los sacramentos y viven en moralidad, siempre centrados en la oración. Además, consulte el Catecismo Católico para Adultos de los Estados Unidos (USCCA): cada capítulo incluye historias, doctrina, reflexiones, citas, preguntas de discusión y oraciones para guiar al lector a una fe más profunda.

“El Misterio de la Eucaristía en la Vida de la Iglesia” de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos | Este documento fue desarrollado por el Comité de Doctrina de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB) y fue aprobado por el pleno de la USCCB en su Asamblea General de noviembre de 2021. Estas reflexiones sobre la fe eucarística y la práctica de la Iglesia están destinadas a alentar la renovación eucarística en las parroquias y comunidades y pueden utilizarse para la catequesis parroquial, así como para la meditación, la reflexión y el estudio personal e individual. Reaviva tu fe eucarística reflexionando sobre el don de la Eucaristía en la Parte I y sobre la respuesta de los fieles a este don en la Parte II.

“Convertirse en Personas Eucarísticas: La Esperanza y la Promesa de la Vida Parroquial” por Timothy P. O’Malley | No podemos simplemente hablar de la presencia de Cristo en la Eucaristía; tenemos que creerlo, celebrarlo y vivirlo individualmente y como comunidad de fieles. Y debemos cultivar una cultura en nuestras parroquias que trate la Presencia Real no solo como una doctrina católica importante, sino también como la parte más importante de la identidad parroquial. Este libro describe cuatro facetas esenciales de una cultura parroquial eucarística: liturgias de reverencia gozosa que celebran los dones de la diversidad; formación que comprometa la mente, la imaginación, el entendimiento y la voluntad; una vida rica de piedad popular y la vitalidad de la Iglesia doméstica; y un compromiso de solidaridad con el prójimo.

“He Aquí el Misterio: Una Comprensión más Profunda de la Misa Católica” por Mark Hart | El popular orador y autor Mark Hart ayuda a los católicos a ver la Misa como lo que realmente es: un banquete celestial, una fiesta de bodas, en la que el cielo y la tierra se encuentra. En su estilo atractivo, Hart guía a los lectores hacia una comprensión más profunda de la Misa, sus raíces en el sábado judío, su carácter sacrificial y sus signos y símbolos. Cuando se nos dice que vayamos en paz, Él nos inspira a ver la Misa como un lugar para ser alimentados para que podamos promover la misión de Cristo en el mundo. En la última parte del libro, Hart proporciona respuestas concisas a preguntas frecuentes, tales como: “¿Por qué no puedo irme justo después de la Comunión?” o “¿Por qué cambiaron las palabras?” Finalmente, Hart ofrece 10 cosas que podemos hacer para sacar más provecho de la Misa.

“Un Paseo Bíblico a Través de la Misa: Entendiendo lo que Decimos y Hacemos en la Liturgia” por el Dr. Edward Sri | El Dr. Edward Sri nos lleva en un recorrido único por la liturgia. Basado en la traducción revisada de la Misa, este libro explora las raíces bíblicas de las palabras y gestos que experimentamos en la liturgia y explica su significado encontrado. Esta mirada intrigante a la Misa Católica seguramente renovará su fe y profundizará su devoción a la Eucaristía.

“El Obispo del Sagrario Abandonado: San Manuel González García” de Victoria Schneider | San Manuel se sintió llamado al sacerdocio a la edad de 12 años. Después de su ordenación en 1901, fue enviado a predicar a una iglesia que encontró sucia y abandonada. Allí, orando ante un tabernáculo cubierto de polvo y telarañas, con manteles rotos y aceite goteando en el suelo de la lámpara del santuario, decidió dedicar su vida a satisfacer las necesidades de Jesús en el tabernáculo. Este tabernáculo pobre y abandonado le enseñó al joven sacerdote más sobre el amor de Jesús que sus años de estudio teológico. Marcó toda su vida desde ese momento. Este santo obispo nos ayudará a recibir la Sagrada Comunión con más fervor y a amar más profundamente a Jesús en la Adoración Eucarística.

“Pan que se Rompe” por Wilfred Stinissen | La Sagrada Eucaristía es el tesoro máspreciado de la Iglesia, la fuente y la cumbre de su culto y de su vida. La Iglesia está construida sobre y alrededor de la Eucaristía. En este libro, un reconocido escritor espiritual y sacerdote carmelita muestra cómo recibir al Señor en la Eucaristía tiene profundas consecuencias, porque la Eucaristía no es sólo el gran sacramento que produce la unidad con Cristo y con los fieles, pero también la norma fundamental para el comportamiento cristiano. El autor explica que, por lo tanto, la Iglesia debe guardar este precioso don. Ella desafía correctamente a los fieles a acercarse a la Eucaristía con gran reverencia y conciencia limpia para no recibir al Señor indignamente, sino para convertirse en su pueblo sacrificador y servicial.

“Un Viaje Devocional Hacia la Misa: Cómo la Misa Puede Convertirse en un Tiempo de Gracia, Alimento y Devoción” por Christopher Carstens | Al explicar el significado espiritual detrás de los signos y símbolos, palabras y acciones de la Misa, el autor Christopher Carstens le enseña formas espiritualmente enriquecedoras de ingresar al edificio de la iglesia, hacer la Señal de la Cruz, reza la Oración de Apertura, escucha las Lecturas, prepara tu alma en el Ofertorio, participa en la Oración Eucarística, recibe la Comunión e incluso responder a la despedida.

“Eucaristía” por el Obispo Robert Barron | En este atractivo tratado teológico, el obispo Robert Barron ofrece una reintroducción al antiguo significado y poder de la Eucaristía. A través de un triple análisis de la Eucaristía como comida sagrada, sacrificio y Presencia Real — motivos distintos, pero estrechamente entrelazados basados en las Escrituras — El Obispo Barron atrae a los lectores a la profunda verdad que fluye de las palabras de Jesús en la Última Cena: “Tomad, comed; este es mi cuerpo ... Beban de ella, todos ustedes; porque esta es mi sangre de la alianza.” No estamos simplemente invitados a recordar a Jesús o imitar su ejemplo moral; estamos invitados a la gracia de la comunión y, en última instancia, al reino de Dios, comiendo y bebiendo el mismo yo que Él ofrece en sacrificio.

“Eucaristía: Camino a la Transformación, Sanación y Discipulado” (DVD/Libro) por la Dra. Mary Amore Combinando Escrituras, historias y presentaciones fáciles de entender de las enseñanzas católicas, esta serie de tres partes está diseñada para invitar a los oyentes a encontrarse con Jesús en la Eucaristía de tres maneras: siendo transformados interiormente, sanados espiritualmente y renovados en el discipulado. Ya sea que te cueste encontrar una razón para ir a la misa dominical todas las semanas o quieras despertar tu amor por Jesús en la Eucaristía, esta poderosa conferencia de una hora con la renombrada oradora Dra. Mary Amore te llevará a descubrir un nuevo significado en la Eucaristía para tu vida cotidiana.

“Jesús y las Raíces Judías de la Eucaristía: Desbloqueando los Secretos de la Última Cena” por el Dr. Brant Pitre | Este libro arroja nueva luz sobre la Última Cena al mirarla a través de los ojos judíos. Usando su profundo conocimiento de la Biblia y el judaísmo antiguo, el Dr. Brant Pitre responde a preguntas como: ¿Cómo era la Pascua en la época de Jesús? ¿Cuáles eran las esperanzas judías para el Mesías? ¿Cuál fue el propósito de Jesús al instituir la Eucaristía durante la fiesta de la Pascua? Y, lo más importante de todo, ¿qué quiso decir Jesús cuando dijo: “Este es mi cuerpo ... esta es mi sangre.”

“Vivir la Misa: Cómo una Hora a la Semana Puede Cambiar tu Vida” por el P. Dominic Grassi y Joe Paprocki | Grassi y Paprocki muestran cómo cada parte de la Misa se relaciona con nuestro llamado bautismal, cerrando el abismo entre la Misa dominical y la vida diaria. Esta edición recientemente revisada tiene en cuenta los cambios en el nuevo *Misal Romano*, sin embargo, en lugar de aislar esos textos o comentarlos, los autores han integrado los cambios sin problemas en el libro. Esta asimilación asegura que los lectores se mantengan enfocados en el mensaje central del libro, cómo la Misa en su conjunto nos cambia, en lugar de desviarse por el nuevo Misal textos. Ideal para los innumerables católicos que asisten a Misa simplemente por costumbre, para los muchos que no han ido a Misa en un tiempo o para cualquiera que busque unirse a la Iglesia Católica, “Vivir la Misa” demuestra convincentemente cómo la hora gasta en la Misa del domingo puede realmente transformar las otras 167 horas de la semana.

“Entendiendo la Misa” por Mike Aquilina | Mike Aquilina no solo responde preguntas prácticas sobre este acto central de adoración católica, sino que también lo guía a través de la Misa, explicando el significado detrás de las oraciones y prácticas. Es posible que se sorprenda de lo mucho que ha perdido en su comprensión de la Misa. Encuentre respuestas a preguntas tales como: ¿Qué es la Presencia Real? ¿Cuáles son las raíces judías de la Misa? ¿Por qué la Misa es un sacrificio? ¿Por qué algunas personas reciben la Comunión en la lengua y otras en la mano?

Fotos y Créditos

Portada: Photography by The Karma Group (2019)

Portada Interior: Christ the High Priest and Byzantine Christ, courtesy of MonasteryIcons.com.

Pag. 5: Employee Recognition Mass on the diocesan campus (Sarah Gietman, 2017).

Pag. 6: St. Mary Parish in De Pere celebrates its 150th anniversary (Sam Lucero; Nov. 30, 2019).

Pag. 8: St. Teresa of Calcutta (Wikimedia Commons).

Pag. 9: Photography by The Karma Group (2019)

Pag. 10: Photography by The Karma Group (2019)

Pag. 12: Photography by Sarah Gietman (2016)

Pag. 14: Bishop David Ricken joined Fr. Alvan Amadi and members of St. Mary Parish's Rosary Society in Algoma for a 150th anniversary Mass (Sam Lucero; Feb. 23, 2020).

Pag. 15: "The Sacrificial Lamb" (1670-1684) by Josefa de Óbidos.

Pag. 16: "The Disputation of the Holy Sacrament" (1509-1510) by Raphael.

Pag. 17: Transitional Diaconate Ordination at St. Francis Xavier Cathedral (Sam Lucero; May 19, 2019).

Pag. 18: Bishop David Ricken joined Hispanic Catholics from St. Philip Parish in Green Bay for the feast of Our Lady of Guadalupe (Sam Lucero; Dec. 12, 2016). The dedication and blessing of the new church at Holy Trinity Parish in Oconto (Sam Lucero; Jan. 27, 2019). Photography by The Karma Group (2019).

Pag. 19: Bishop David Ricken joined Hispanic Catholics from St. Philip Parish in Green Bay for the feast of Our Lady of Guadalupe (Sam Lucero; Dec. 12, 2016). Photography by The Karma Group (2019).

Pag. 20: Photography by The Karma Group (2019)

Pag. 22: Bishop David Ricken celebrated a Jubilee Year Mass for Youth and Youth Ministers at St. Francis Xavier Cathedral during the diocese's 150th anniversary year (Sam Lucero; Jan. 14, 2018). Notre Dame Academy in Green Bay hosted a Mass for nearly 2,000 Catholic school students, faculty and staff, followed by a presentation by internationally-known speaker, Chris Stefanick (Sam Lucero; Sept. 17, 2019).

Pag. 23: Icon courtesy of MonasteryIcons.com. St. Nicholas Parish in Freedom held an Ash Wednesday Mass for St. Nicholas School students and parish members (Sam Lucero; Feb. 26, 2020).

Pag. 24: Members of SS. Peter and Paul Parish in Green Bay and students from St. Thomas More School, located on the parish campus, gathered for Ash Wednesday Mass (Sam Lucero; March 6, 2019). Rural Life Day Mass at St. Mary Magdalene Church in Waupaca (Sam Lucero; April 10, 2021).

Pag. 25: Dcn. Tony Abts elevates the Book of the Gospels at the Mass of Ordination to the Permanent

Diaconate at St. Francis Xavier Cathedral (Sam Lucero; May 18, 2019). Fr. John Girotti preaches at Rural Life Day Mass at St. Mary Magdalene Church in Waupaca (Sam Lucero; April 10, 2021).

Pag. 26: Bishop David Ricken celebrates Catholic Schools Week Mass for students from St. Mary School in Luxemburg and Holy Trinity School in Casco at Holy Trinity Church (Sam Lucero, Jan. 29, 2020).

Pag. 28: Icon courtesy of MonasteryIcons.com.

Pag. 29: Fr. Walter Stumpf celebrates Ash Wednesday Mass at St. Nicholas Parish in Freedom for St. Nicholas School students and parish members (Sam Lucero; Feb. 25, 2020). Confirmation retreat and Mass with Fr. Mark Vander Steeg at St. Bernard Parish in Green Bay (Sarah Gietman; 2017).

Pag. 31: "The Last Supper" (1897) by Gaston de La Touche.

Pag. 32: A Mass of thanksgiving was celebrated at St. Francis Xavier Cathedral, 150 years to the day that the Diocese of Green Bay was created (Sarah Gietman; March 3, 2018).

Pag. 34: Sun shines through windows of an incense-filled St. Bernard Church in Green Bay during Mass (Sam Lucero, Sept. 10, 2008).

Pag. 35: Photo from Unsplash.com. Photo from Bigstock.com.

Pag. 37: The Quad Parishes of Green Bay held a procession with the Blessed Sacrament from St. Jude Church to Annunciation Church for the feast of Corpus Christi (Sam Lucero; June 2, 2018).

Pag. 35: Photography by the Catholic Foundation for the Diocese of Green Bay. Photo from Unsplash.com. Photography by Sarah Gietman (2016).

Pag. 39: Photo from Unsplash.com. The annual Chrism Mass at St. Francis Xavier Cathedral (Sarah Gietman; March 22, 2016). Photo from Unsplash.com. Photography by Sarah Gietman (2016). Photo from Unsplash.com. Photo from Bigstock.com.

Pag. 40: Photography by The Karma Group (2019).

Pag. 41: "The Pentecost" (1620-1625) by Juan Bautista Maíno.

Pag. 42: "The Virgin Adoring the Host" (1852) by Jean Auguste Dominique Ingres.

Pag. 40: Stained glass image at the National Shrine of Our Lady of Good Help in Champion, Wisconsin. Portrait of Bishop David Ricken by Harmann Studios (2013).

Agradecimiento especial a The Compass por el uso de sus fotos, que nos han ayudado enormemente a ilustrar la vida y la fe de aquellos en la Diócesis de Green Bay.



Diocese of
Green Bay

1825 Riverside Drive • PO Box 23825 • Green Bay, WI 54305-3825

WWW.GBDIOC.ORG

© 2022 Obispo David L. Ricken. Todos los Derechos Reservados.